AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA

POESÍA

NARRATIVA

MÚSICA

ARTES PLÁSTICAS

CINE

ACTUALIDAD

Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio: 3€

Nº 15 marzo 2009

AUCA

De los autores

Dirección : María José Arques Cano
Coordinación : Manuel Parra Pozuelo
Consejo de Redacción : Francisco Alonso Ruiz, María José Arques Cano, Mª Rosario Mohinelo y Manuel Parra Pozuelo
Consejo asesor : Sergio Gadea, Julia Díaz, Luis S. Taza Hernández Trinitario Rodríguez, Lucía Espín, Mª Isabel Pintos, Mercedes Rodríguez, Francisco Javier Fernández
Maquetación : Mercedes Rodríguez
Diseño : Grupo Cultural Auca de las Letras
Delegada de Ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : *Achicoria*, de Remigio Soler.

Imprime : Copistería Velázquez. GRAFIBEL 2010, S.L. C/Padre Mariana, 15 Bajo. 03004-ALICANTE

Colaboraciones y Correspondencia:
c/Martín Lutero King, nº 4, bloque 4-1, 5º C. 03010-ALICANTE
mariajoseac@ono.com
Móvil: 679248312
aucadelasletras@hotmail.com

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores

ÍNDICE

Editorial	Mª José Arques Cano	4
Descubrimiento	Airam Lebasi	5
El banquete	Cristina Ortega Morales	7
Salvando vidas	Trinitario Rodríguez	8
El espejo	Mª Rosario Mohinelo	9
La vocalista	Sergio Gadea Escudero	12
La tabla esmeralda	Paquita Baeza	13
La grandeza de una tierra	Trinitario Rodríguez	15
Cuarenta años con la muerte	Julia Díaz Climent	16
Breve apunte sobre superrealismo	Sergio Gadea Escudero	17
Fecha decisiva	Mª Rosario Mohinelo	19
Atardecer agónico	Manuel Parra Pozuelo	21
El mercado de los sueños	Araceli Cuesta	22
La Tierra	Francisco Alonso Ruiz	23
Reflexiones sobre Haruki Murakami y el cuento	Airam Lebasi	24
Centro comunitario Playas	Lucía Espín	26
Perfect girl	Sergio Gadea Escudero	27
La niña Neila y la Galana	Mercedes Rodríguez	28
Como nosotros	Anabel Martínez Zamora	31
Puta / Love	Jonás Angel	32
Un eximio artista benaluense en nuestra portada	Manuel Parra Pozuelo	33
La Reina de las nieves	Julia Díaz Climent	36
Dama cibernética	Miguel Ángel Pérez Oca	37
Descubriendo la trama	Manuel Parra Pozuelo	38
Relato de un sueño	Santiago Moreno	39
Rumi-arte en el humo	Mercedes Rodríguez	41
La decisión de Saoro	Luis S. Taza Hernández	42
Temor a las islas	Enfero Carulo	44
Alas de poeta	Mª José Arques Cano	45
Buenos días	Rafael Gómez Muñoz	46
Escritores	Mª Dolores Lamata	47
Lo que vi en los espejos	Francisco Alonso Ruiz	48
La fuente de mi pueblo	Lucía Espín	49
Oración	Mercedes Rodríguez	50
Tabuna Wono Libbo	Mª José Arques Cano	51
Los bueyes	Trinitario Rodríguez	53
Rezas	Julia Díaz Climent	55
Nostalgia rota	Airam Lebasi	56
Carlos Ernesto García, con la maleta en el desván	Mª José Arques Cano	57
En blanco	Eva Llopis	58
Imágenes nocturnas	Francisco Alonso Ruiz	60
Una mujer de hoy	Manuel Parra Pozuelo	61

PRESENTACIÓN

El pasado día 26 de noviembre de 2008, la Asociación Auca de las Letras presentó el número catorce de la revista literaria y artística Auca, que en está ocasión estuvo dedicada a Vicente Mojica. El evento tuvo lugar en el Auditorio Caja Mediterráneo y constituyó un acto entrañable y muy emotivo, en el que participaron personalmente, incluso recitando poemas, los familiares del poeta alicantino. Josefina Marhuenda, su esposa, fue entrevistada por nuestro compañero Manuel Parra Pozuelo y también pudo escucharse la propia voz de Mojica, grabada en cinta magnetofónica. Más adelante, el 20 de febrero, la asociación repitió este merecido homenaje en el Ateneo Científico y Literario donde cada dos años se entrega el *Premio Nacional Ateneo de Alicante "Poeta Vicente Mojica"*

Entre estos dos eventos, cumplidos cinco años de andadura, la Asociación publicó su Primera Antología Poética, un libro titulado *Con diversos acentos,* prologado por la profesora Carmen Marimón, con ilustraciones del pintor Vicente Quiles. Para presentar este poemario la Asociación eligió un lugar muy apropiado, el Centro Municipal de las Artes, sede del Patronato Municipal de Cultura. En el evento participó la prologuista del libro, la profesora Carmen Marimón, que habló entre otras cosas sobre la diversidad de los autores y destacó la fuerza de voluntad y el entusiasmo de los aucanos.

Durante este primer trimestre del año, las numerosas actividades no han impedido al grupo elaborar el número quince de Auca, ejemplar que ahora se encuentran ustedes leyendo y que se muestra pleno de nuevos colaboradores, escritores que se acercan para conocernos y para participar en nuestro proyecto literario.

Cristina Ortega Morales comparte con los lectores su festín de versos en *El banquete;* Mª Dolores Lamata nos cuenta una entrañable historia en su cuento titulado *Escritores;* desde Valencia nos ha llegado el poema de Eva Llopis, *En blanco;* Paquita Baeza nos ha enviado su relato *La tabla esmeralda;* Araceli Cuesta nos narra en su cuento lo sucedido en un curioso mercado, *El mercado de los sueños;* desde tierras mejicanas hemos recibido el poema de Jonás Ángel, *Puta/Love;* Rafael Gómez Muñoz se recrea en las mañanas en su poema *Buenos días;* escuetos y contundentes son los versos de Enfero Carulo y Annabel Martínez Zamora en *Temor a las islas* y *Como nosotros,* Miguel Ángel Pérez Oca nos relata sus peripecias virtuales en *Dama cibernética* y hemos publicado un escrito de Santiago Moreno titulado *Relato de un sueño,* que data de 1949 y que entregó en su día a Vicente Bautista, cuya hija, Mati, nos ha hecho llegar.

Nuestra portada es en esta ocasión el dibujo titulado *Achicoria* del artista alicantino Remigio Soler, cuyo estudio visitamos en diciembre del año pasado, quedándonos absolutamente maravillados al disfrutar con la contemplación de sus obras, de las que habla Manuel Parra Pozuelo en su artículo *Un eximio artista benaluense en nuestra portada,* donde transcribe el texto que se puede leer en la obra original de Soler y que alude a los efectos de dicha planta.

Queremos transmitir nuestro agradecimiento a la artista norteamericana de origen iraní Ilham Majure, que ha ilustrado el cuento *Descubrimiento,* de Airam Lebasi, con su caligrafía artística.

Esperamos que la lectura de estas páginas resulte amena y atrayente, ya que, al fin y al cabo, lo que importa de veras es la opinión del lector, que es el que tiene la última palabra.

María José Arques Cano

DESCUBRIMIENTO

(Descubrimiento)

Me levanté diligente para acudir a la cita mañanera. Eran las siete de un día de noviembre que se desperezaba entre nubes tormentosas que el sol naciente tintaba de negros y cárdenos en un despliegue de dorados en las cristaleras de mi rincón. Desayuné entre la luz difusa que llegaba hasta mi cuarto. Qué nervios me recorrían todo el cuerpo. Iba a visitar después de tantos años la casa del General. Al General lo recordaba como entonces: rubicundo, de nariz ancha y prominente, el bigotazo caído sobre la boca de labios carnosos y sensuales y sus ojos pícaros y curiosos, el pelo recio y fuerte, abundante y desmelenado. El general era alto y enjuto, pisaba marcialmente como si aún fuese mandando la tropa. No tenía edad. Podía contar muchos años, a nosotros nos parecía el joven capitán de los relatos. Recuerdo cómo lo seguíamos por la casa, el jardín y el monte, igual que perritos falderos dispuestos a obedecer las órdenes más insignificantes al momento. Su trato con nosotros lo manifestaba de forma tierna y cariñosa, aunque utilizase la voz de mando de su antiguo oficio. Nos narraba sus odiseas por el desierto entre los rifeños y las cabilas de beduinos que escuchábamos con fruición. Lo adorábamos. Lo adoraba. Su mundo exótico formado por personajes románticos rodeados de misterio, nos subyugaba. Aquellos mantos negros en los que se envolvían los jinetes, que enmarcaban unos ojos enigmáticos e inquietantes, despertaban nuestra apetencia de aventuras. Los ágiles caballos, raudos como el viento y negros como las endrinas, acentuaban la adoración que sentíamos por los animales fantásticos. Aquella hospitalidad tradicional con que acogían a los viajeros en los poblados y en los vivacs del desierto en los que reconocíamos a personajes verdaderamente originales y extraordinarios. Sus mujeres aparecían envueltas en velos de variantes colores y adornadas con aderezos de piedras de incalculable valor: zafiros, esmeraldas, lapislázuli, ópalos o rubíes. Todas estas leyendas poblaron mi mente de aventuras románticas que alimentaron mis sueños juveniles. Siempre lo acompañaban sus dos perros perdigueros, Mustafá y Aliza, ruidosos y juguetones dispuestos a levantar una pieza en cuanto nos metíamos por los campos o el monte. Llevaba mi general, en estas lides, una escopeta de cachas repujadas en oro, un trabajo del más depurado estilo arabesco. Vestía sahariana, costumbre heredada del desierto, sujeta a la cintura por un cinto repleto de cartuchos y una funda con un machete. Se cubría con un salacot. Su aspecto era imponente. Recibía muchas visitas de amigos procedentes de todo el mundo, a quienes alojaba en su casa señorial, a la que nosotros acudíamos en vacaciones. No nos extrañaba encontrar en el jardín a algún personaje que parecía salir de una de aquellas historias.

Recorrí, al lado de mi primo, el regreso al pasado del General. Alberto me había pedido que lo acompañase; estaba escribiendo una historia y quería echar un vistazo a los diarios del General para documentarse en el ambiente marroquí. Había mandado recado al administrador que nos esperase. Incluso, le había pedido que nos preparase habitaciones por si queríamos quedarnos a dormir. Durante el trayecto no despegué los labios, fijos mis ojos en el paisaje que tan bien conocía. Llegamos a la hora de la comida. Nos esperaban con un banquete y una gran alegría. Hablamos de entonces,

cuando ellos también eran jóvenes. Teníamos muchas cosas que contarnos, ya que llevábamos mucho tiempo sin vernos, tanto fue así que se puso el sol y seguíamos de sobremesa. Después, yo me fui a la biblioteca mientras los demás se quedaron conversando. Encendí las luces y contemplé nostálgica las pilas de libros que se amontonaban en desorden. ¡Cuántas horas de mis vacaciones había pasado allí! ¡Cuántos descubrimientos en la gran enciclopedia que alimentaba mi curiosidad! Me había comentado Miguel, el administrador, que se estaba haciendo una catalogación y que se habían encontrado libros y documentos de incalculable valor. Me fijé en una carpeta voluminosa que decía "correspondencia". Curiosa, la abrí y revolví las cartas cogiendo una al azar. Procedía de Marruecos, la firmaba Al Carid. Recordaba a Al Carid. Cerré los ojos y me pareció verlo tal como entonces. Un árabe de la edad del General, alto, barrigón, romántico y de delicadas manos que recitaba hermosos poemas sobre el desierto y la vida en las jaimas. Extendí la carta con cuidado. Estaba escrita en español. Después de los saludos y sus invocaciones a Alá se interesaba por mí, ¡Por mí! Vibré sorprendida. Decía así: "General, te ruego que negocies con la familia de tu ahijada Marcela para que sea trasferida a mi harem. Te nombro mediador con plenos poderes. Cuando tú me digas haré llegar a esa familia dos caballos de tres años, de pura raza árabe, y un aderezo de rubíes de tres quilates, además de varios metros de tela de tisú, así como una escolta acorde con mi estatus para recoger a la niña y honrar a los suyos. Con esto creo cubrir con creces el precio de una incipiente mujer. De esa joven me gusta su cabello rubio, sus senos que prometen ser generosos, y su piel como un melocotón de junio. La edad es la apropiada para incorporarse al serrallo y que las otras mujeres la adiestren. No creo que haya inconveniente por parte de sus padres ante tan generosa oferta. Mis negocios actuales me impiden ir a cerrar este trato personalmente. La amistad que nos une, hace tantos años, me da pie para encargarte este negocio tan delicado. No quiero que pase el tiempo y se aje su niñez, ahora está en sazón. Mandaré para ti, amigo mío, un espléndido manto beduino forrado de piel de camello para que te caliente en las noches invernales, aunque yo te recomiendo una jovencita ya que da mucho más calor. Que Alá te guarde y él sea tu guía.

Jeque Al Carid"

Me quedé de piedra. Atónita.

Busqué la fecha. Coincidía con la época en que durante dos veranos me llevaron con la abuela a León, con la disculpa de que me veía poco y era ya mayor.

Llamé a gritos a Alberto. Corrí a su encuentro sacudiendo la carta. Todos se inquietaron ante mi alboroto. Yo exclamé excitada:

-Alberto, mira. Aquí está tu próxima historia.

Airam Lebasi

(Al-Carid)

El banquete

Sentir que con cada bocado te arranco la vida
y la engullo envuelta en saliva;
que con cada mirada saboreo tus pupilas,
hasta tenerte devorado de pies a cabeza,
coleteando bajo mi vientre…

Sentir tu sangre recorriendo mis venas,
oxigenando mis células con tu aliento…
mientras más me adentro,
más me pierdo entre tu cuerpo.

Ser andrógino, unión perfecta,
tú, que hiciste temblar a los dioses,
me haces estremecer de placer,
mientras te digiero…

Bocados de placer, fruta prohibida;
me derrito entre tus brazos
y me transformo en el agua que bebes,
en la carne que comes,
en el aire que respiras…

Y al final de la batalla
quedan los restos del banquete.
Tu cuerpo, tendido en la mesa,
y al lado el mío, deseando que te regeneres
para volver a tenerte devorado entre mis dientes.

Cristina Ortega Morales

Salvando vidas

A mi compañero y amigo José Antonio Charques,
el enfermero más humano. Con todo mi cariño.

Como los panes creces en los hornos,
como los buenos trigos te prodigas
para alimentar pájaros, hormigas
y a esos niños que dejan en los tornos.

Sé que te causan bastantes trastornos
estos pequeños que son como espigas,
que por ellos luchas, sufres, mendigas
y hasta iluminas sus grises contornos.

Tus herramientas son elementales
en el centro que ocupas y laboras,
compañero, en los tristes hospitales.

Curando criaturas orientales
y occidentales te pasas las horas,
entre puertas, camillas y cristales.

Trinitario Rodríguez

EL ESPEJO

A Carmen, en el recuerdo.

Queridos lectores:

Siempre pensé que las personas, además de una pregunta, éramos una energía, una fuerza, un espíritu que no puede destruir ni la incineración, y ahora lo he comprobado. Mi cuerpo abandonó este mundo, pero yo estoy aquí; permanezco cobijada en la profundidad de este espejo, recurso muy literario y utilizado, pero que en mi caso no es una salida más, sino una realidad.

Los de la mudanza lo han arrancado de la pared con mucho esfuerzo, y eso es todo lo conseguido, pues como no han logrado sacarlo de mi casa tuvieron que volver a colgarlo en su sitio. Las vivencias acumuladas han ensanchado su perímetro; ha crecido succionando la estatura que yo he ido perdiendo con los años, y ahora no pasa por ninguna puerta o ventana. Este hermoso espejo antiguo de bello marco dorado que cubre por entero una pared duplicando el tamaño del recibidor, me ha acompañado a lo largo de mi vida y ha salido ileso de todas mis mudanzas; es uno de los escasos restos salvados del naufragio, de lo que en mis tiempos se llamaba “venir a menos”.

Una de mis hijas desea llevárselo a París, donde vive, y a mí me haría feliz estar cerca de ella y poder verla a diario, pero temo viajar embalada y metida dentro de un vagón, por muy “capitoné” que sea. Me da miedo perderme por el trayecto y no llegar a mi destino. Por eso me alegro de que no puedan sacarlo. También me preocupa la seguridad del espejo, expuesto a las mil contingencias de un largo traslado, es ya tan viejo el pobre… Sin embargo, al no hacer el viaje me perderé la posibilidad de conocer a nuevas gentes y de encontrar temas interesantes y aprovechables para mis escritos. Sí, sí, mis escritos he dicho, porque mi cerebro –nadie podría imaginarlo- continua tan ágil y activo como en mi juventud. En fin, nos quedaremos en mi casa, aunque pronto, cuando mis hijas vendan el piso, no será legalmente mía, seré una especie de

“okupa”, mas no me importa, pues en la dimensión en que me encuentro, a ver quién es el guapo que me echa el guante.

En las paredes de mi casa, ahora vacía, silenciosa y en penumbra, se pueden advertir las huellas dejadas por el mobiliario, por los cuadros, por las estanterías repletas de libros que tanta vida acumulaban. Entre mis hijas y mis nietas se repartieron todos los enseres y muebles de la casa. Yo me he alegrado de que los conserven, de que no los hayan vendido o donado a alguna asociación benéfica: después de tanto tiempo acompañándome, siento cariño por ellos. A excepción de algunos objetos que regalaron a mis amigas más cercanas para que les sirvan de recuerdo, ignoro adónde habrán ido a parar esas pequeñas cosas, esos cachivaches reunidos a lo largo de tantos años, cuyo valor sentimental es su único valor, que sólo son importantes para sus dueños, como pasa con mi colección de caracoles, de los que tenía ejemplares de toda clase de materiales. Esta colección tuvo su origen en un hecho pueril, demostrando que sucesos insignificantes en apariencia, pueden tener consecuencias importantes en nuestras vidas. La inicié en recuerdo de otros caracoles verdaderos que se arrastraban por la ramita de una planta –uno subía, otro bajaba-, en el jardín de un casino provinciano durante una fiesta, mientras alguien desgranaba a mi oído palabras de amor que luego resultaron falsas. Yo los miraba y pensaba: si llegan a encontrarse, le digo que sí. ¡Estaba enamorada, era tan guapo y eran tantas mis ganas de huir de la tutela paterna…! Y con aquel sí sentencie mi vida.

Este espejo es el archivo de varias generaciones de mi familia. En él han anidado mis recuerdos sin orden cronológico, de modo que se interponen, se empujan, luchan por manifestarse; tan pronto son destellos felices de mi infancia como fragmentos tristes de mi lucha por sobrevivir a las debilidades de mi salud, a las operaciones, a los infartos… En su fondo de azogue guarda la imagen de mi madre meciéndome en sus brazos; la alegría de los juegos infantiles; las refriegas con mi hermana; la severidad sempiterna de mi padre y, algo menos definidos, los rostros de mis abuelos a los que apenas conocí. Si miro atentamente, aún puedo verme reflejada en él vestida de comunión, con el traje que inspiró uno de mis cuentos y también veo a la novia jovencísima que fui una vez, dando los últimos toques a su atuendo, aquella novia que huía de la rigidez paterna y cayó en una esclavitud cruel que intentó anularla, claro está que sin conseguirlo, aunque mucho le costó.

Asimismo, ha sido testigo del nacimiento, infancia y juventud de mis hijas, -única y maravillosa cosecha que me dejaron catorce años de matrimonio-; de mi lucha por la existencia y de todos los eventos, buenos o no, familiares o amistosos, que han jalonado mi biografía. En una ocasión lo odie porque quería hacerme creer que era yo aquella anciana de pelo blanco y cara herida por el tiempo, que me mostraba. Protesté enérgicamente de semejante intento en uno de mis poemas; más tarde tuve que aceptar a regañadientes el rastro dejado por los años en mí cuerpo y en mi salud, una injusticia difícil de asimilar por alguien que tanto amaba la vida, como era mi caso.

Este espejo, salvado de los restos del naufragio como he dicho antes, ha conocido todas las vejaciones machistas soportadas para poder separarme legalmente de mi marido. Cómo hubiera podido imaginar entonces que, andando el tiempo, conseguiría el divorcio con menos de la mitad de los trámites exigidos para la separación. En aquella época hacía falta mucho coraje para dejar plantado a un marido, y yo lo tuve. Nunca he sido tímida ni dulce ni sumisa. No me adornaban las virtudes de la santa esposa cristiana que aguanta en casa, obediente y con la “pata quebrada”, todos los atropellos e infidelidades del marido, contemplando, resignada y sin poder intervenir, cómo él dilapida los bienes aportados por ella al matrimonio, y, claro, eso en los años cincuenta era algo imperdonable en una esposa. Hasta el Obispado tuvo que actuar y “depositarme” en casa de un familiar -como se hacía con las maletas en la consigna de las estaciones-, para poder separarme de él. Fue tal el escándalo que provocó mi decisión, que en la pequeña ciudad donde vivíamos no se habló de otra cosa durante

bastante tiempo. Lo peor de todas las humillaciones sufridas fue el poso de amargura y rebeldía que dejaron en mi alma, sentimientos que a veces afloraban a mi carácter y me hacían ser injusta, contradictoria y, sin darme cuenta, hasta dura en ocasiones. No me concedió Dios el lenitivo don del olvido y del perdón.

Mi madre tampoco fue feliz. Cómo serlo con su alma delicada de artista encadenada a un marido rígido e impasible, siempre ocupado en sus numerosos negocios. Yo sufría al verla tan débil e indefensa. La música fue su escapatoria como la literatura lo ha sido para mí. Todavía recuerdo sus manos aladas, sus dedos acariciando las teclas del piano, ensimismada en un mundo que solo ella conocía, quizá rememorando su juventud o haciendo balance entre lo esperado de la vida y lo obtenido.

A causa de los avatares de mi existencia he reflexionado mucho sobre el matrimonio, y comprendo que embarcarse en uno con sólo dieciocho años y en la ignorancia absoluta de materias indispensables, auguraba pocas esperanzas de éxito. En mi juventud yo no era una excepción; la mayoría de las mujeres se casaban a esa edad, o aun más jóvenes e igualmente ignorantes, pasando de la tutela del padre a la del marido. A pesar de saber que el matrimonio raramente conducía a la felicidad, la mayoría de las mujeres lo teníamos como única meta a alcanzar, a tanto llegaba la presión que las costumbres ejercían sobre nosotras. Ya el día de la primera comunión, los familiares y amigos felicitaban a nuestros padres deseándoles que nos vieran casadas; y las madres, de cuya buena voluntad no dudo ni un solo momento, nos educaban para esposas resignadas y eficientes amas de casa, a falta de otras alternativas de realización personal en aquella sociedad misógina.

En la actualidad, muchas parejas comparten la vida profesional y familiar, y vemos cómo los maridos comienzan a asumir poco a poco su parte de trabajo en las tareas domésticas. ¡Qué diferencia con lo que sucedía en mis tiempos! Vamos lentamente hacia una verdadera igualdad en todos los sectores de la sociedad, que tardará en llegar, porque después de tantos siglos de injusticias, es muy difícil desarraigar los viejos privilegios, pero llegará, mal que les pese a los que practican la violencia machista.

Después de unos años viviendo en una gran ciudad, con mis hijas ya casadas e independientes, cuyo amor nunca me faltó, elegí la soledad y recalé en esta otra, entonces pequeña y siempre acogedora, de clima benigno propicio para mi salud, y cielos luminosos, que conocía por haber estado con mi familia en varias ocasiones: Alicante. Desde las ventanas de mi casa he disfrutado a diario de hermosas vistas: del mar Mediterráneo, ese “tropel de espejos” cambiante y herido por mil navíos, cuna de la cultura y la literatura; del sol, siempre fiel a la cita diaria y de su exuberante vegetación. Pronto conté con muchas amistades, algunas de ellas jóvenes, -había algo en mí que conectaba fácilmente con la juventud-; me tendieron la mano muchas personas; el teléfono, siempre sonando, fue el cordón umbilical que me unía con el mundo. Las llamadas de mis hijas se alternaban con las de mis nuevas amigas con las que establecí, sin proponérmelo, una especie de consultorio sentimental pues confiaban en mi interés por sus problemas y agradecían mis sinceros consejos. Algunas de ellas achacaban este éxito “consultivo”, a que yo era muy generosa y, además, tenía cara de “hombro”. Participé en la vida de la ciudad, colaboré en sus fiestas; viajé por España y por el extranjero; me dediqué a mi más cara afición, la literatura; escribí cuentos procurando aderezarlos con el humor y la ironía; un par de novelas; poemas; gané algún premio; llegué a ser alumna destacada de la Universidad Permanente; y, para asombro de las amigas de mi edad, navegué por Internet. Creo que hasta fui feliz…

De momento, todo ha terminado. Estoy aquí, en el mundo interior de este espejo, desconociendo por cuánto tiempo, a la espera de algo que también desconozco, pero que tiene que suceder.

Quizás volveréis a saber de mí. Si me es posible tendréis noticias mías. Hasta entonces, pues. Un abrazo,

Carmen

P.D. Por cierto, no le digáis a nadie que el espejo entró por la terraza antes de ser acristalada. Vale.

María Rosario Mohinelo

L a l
a i
V o c s
t a

Y esa forma de atrapar el micro,
de moverte, sexy, en el escenario
y cuando cuentas tus canciones,
tan dulcemente que se olvida tu tristeza.
Y tu voz caprichosa y ocre,
tu voz no metálica y rica
en matices y en saudades,
tan dulcemente borra mi tristeza.
Tan dulcemente tomas el micrófono
y lo mueves y danzas
siguiéndote las luces.
Y esa forma de moverte,
y ese guiño que indica
que más tarde nos vemos
bajo neones, en tu camerino.
Tan dulcemente besas mi tristeza
que borras de ella toda su amargura.

Sergio Gadea Escudero

LA TABLA ESMERALDA

La astrología era una constante simbólica universal cuando llegó a aquel castillo de Inglaterra, seduciendo a la hija del conde de Wymon.

Corría el año 1230. Reinaba por entonces, Enrique III de Inglaterra. Se celebraba una gran fiesta en palacio a la que fueron invitados Lord Henry Thomas, conde de Wymon y su hija Belinda. Y como las cosas ocurren no por casualidad sino por causalidad, en el momento del banquete, Belinda entabló conversación con Sir Roger Bacon, ya que ocupaban puestos colindantes. Sir Roger era filósofo, científico y teólogo, por lo que la conversación, que había comenzado de forma trivial aunque amena, alcanzó niveles interesantes. No era momento para profundizar en los temas abordados, así pues, Belinda pidió a su padre que, con cualquier pretexto, invitara a Sir Roger al castillo.

Las visitas, en principio espaciadas, se fueron repitiendo con más asiduidad, y Belinda fue informándose y documentándose sobre temas que sir Roger conocía profundamente. Le hablaba de saberes empíricos y del mundo esotérico del ocultismo. Como era experto en tradiciones alquímicas, le habló del cambio de la materia, de lo que los antiguos investigaban para encontrar lo que ellos llamaban la piedra filosofal. De qué manera, el cobre, el plomo, el hierro, estaño o mercurio, podían convertirse en oro o plata.

Ella le escuchaba absorta mientras su mente iba elucubrando. Roger Bacon, seguía aleccionándola de cómo estos conocimientos provenían de los filósofos orientales y griegos. Le habló del concepto de ”Lo que es arriba es abajo” y la evidencia de esto en el mundo que habitamos; de “La Tabla Esmeralda”, donde se razonaba que la vida y la muerte no son más que diferentes manifestaciones de la misma cosa, representando estados de la misma realidad fundamental. Que tanto el macrocosmos como el microcosmos, están formados en esencia, por cuatro substancias básicas: agua, tierra,

aire y fuego, en mayor o menor proporción. Le explicaba detalladamente de qué manera en el hombre se producen las enfermedades, motivadas por el desequilibrio de estos elementos en su cuerpo. La idea base era que una sustancia se transformaba en otra, variando la proporción de estos cuatro elementos básicos. Asimismo, en la combinación certera de esos cuatro elementos, se conseguía el elixir mágico de la juventud. El mayor logro, no era precisamente que de cualquier metal de poco valor, se consiguiera su transformación en plata u oro, sino que, acertando adecuadamente en las proporciones de estos elementos, podía logarse la transmutación del cuerpo en espíritu, ya que la vida y la muerte, tal como expresaba la "Tabla Esmeralda" eran estados de la misma realidad, como le explicó en otra ocasión no muy lejana.

Aquellas palabras iban abriendo en Belinda la caja de las emociones, introduciéndose más y más profundamente en sus entrañas, haciéndose cuerpo en ella.

Belinda había conseguido que su padre nombrara a Roger Bacon, profesor tutor, pues, como era un hombre a quien le gustaban los libros y el estudio, no tuvo inconveniente alguno en aceptar la petición de su hija. Con este nombramiento no era extraña una relación tan persistente.

Bacon le pasó libros sagrados, escritos en lenguaje simbólico, con el fin de que personas ignorantes e incultas no tuvieran acceso a ellos. Lo que sí le advirtió con gran insistencia es que, para acceder a sus enseñanzas, su vida debía ser de gran altura espiritual. Esta faceta de cordura y gran espiritualidad de su hija enorgullecía al conde.

Con la complicidad de su doncella y de uno de sus pajes, pudo localizar Belinda una sala oculta del castillo, inaccesible para quien no conociera los recovecos a seguir hasta llegar a ella, empleándola para realizar sus experimentos.

Un joven paje le consiguió los distintos metales que necesitaba y le construyó un horno, que mantenía encendido día y noche. La doncella la proveyó de vasos, jarras y otros utensilios. Los objetos más sofisticados como alambiques, termómetros y otros, se los proporcionó Bacon.

Su trabajo en el laboratorio era cada vez más intenso. Sus descubrimientos y transformaciones resultaban asombrosos. Un día, Belinda se levantó con el presentimiento de que algo sorprendente iba a ocurrir. Tras el desayuno, bajó con premura al laboratorio. De una forma más intensa se involucró en las combinaciones de fórmulas de alquimia, mezclando y separando sustancias. De pronto, un humo intenso invadió el espacio; era tan denso que podría decirse que formaba una materia rígida. Paulatinamente, aquel humo fue tomando forma; el tono grisáceo del principio se fue haciendo más claro y una figura humana apareció en la estancia. Vestía una túnica blanca que le llegaba hasta los pies. Su estatura era de unos dos metros, y en su cara marcadamente ovalada, destacaban los pómulos prominentes bajo unos ojos rasgados que despedían rayos de luz. Aquel ser irradiaba paz. No podía hablar, pero con gestos señaló hacia la altura. Mientras Belinda alzaba los ojos, unos brazos fuertes y vigorosos la cogieron levantándola. Una esencia embriagadora se esparció por la habitación.

Por mucho que buscaron por todo el castillo y los alrededores, jamás volvieron a ver a Belinda. Solo en las noches de luna, un grupo de estrellas forman una tabla de color esmeralda y dejan caer partículas de luz del mismo color.

Desde entonces, las doncellas que salen a contemplar el evento rejuvenecen visiblemente, y hasta en los más ancianos, se producen esos efectos de manera más acelerada. El elixir mágico de la juventud se hacía presente en aquellos instantes.

Paquita Baeza

La grandeza de una tierra

Hortelanos de mi tierra,
agricultores activos,
receptores de una herencia
que recibís al nacer.

De todo cuanto ella encierra
la esencia de sus cultivos,
los coloridos más vivos,
de un hermoso atardecer.

El léxico más huertano,
cartagenero y murciano,
los genes de su pureza,
los rasgos de la grandeza,
la frescura de su tez.

Que lleváis con gallardía
como orgullosos huertanos,
cada noche y cada día
de la cabeza a los pies.

¡Decidme de corazón
si en esta tierra oriolana,
que abonáis cada mañana,
entre naranjos y malvas,
nada más llegar el alba
el sereno amanecer!

Si ha merecido la pena
arrastrar tantas cadenas,
aguantar tantos insultos,
tantos empujones juntos,
soportar tanto dolor.

En esta tierra de higueras,
cañares y limoneros,
cañamares y moreras,
yuntas y niños yunteros.

Nacidos en esta huerta
donde siempre habrá sentado
un jornalero en su puerta
con el cuello estercolado.

Esperando que un buen día
termine este hostigamiento,
esta cruda dictadura

que tantos años ya dura
con su lado más terrible,
con su lado más violento.

Y llegue la libertad,
con toda su claridad
sobre las alas del viento
trayendo prosperidad
para poder avanzar,
sosiego, paz y alimento.

Para estos niños que fueron
nacidos en la postguerra
después de una cruda guerra,
y otros muchos que tuvieron
que marcharse a otros países,
a otros nuevos continentes,
dejando aquí sus raíces
sus momentos más felices
y sus días de adolescentes.

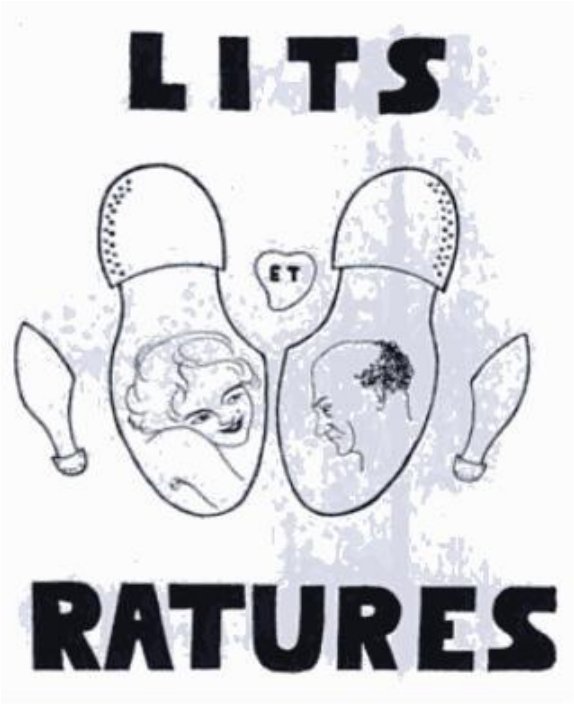
Trinitario Rodríguez

Cuarenta años con la muerte

Cuarenta años compartiéndote en el lecho,
cuarenta años ya que Sherezade
te cuenta atormentada el último gran cuento.
Y de pronto te sorprendo
en la fatiga insomne de la vida, sonriendo
eras tú la que me hacía devorar estrellas
en las noches más infames,
eras tú quien producías el anhelo de la última mirada
el poema más vivo, la caricia más cara,
el instante más cuerdo.
Llegará el gran día en que te amaré y comeré tu aliento,
mas hasta entonces, Sherezade ya es libre,
Simbad la está esperando y tú no tienes cuento.

Julia Díaz Climent

BREVE APUNTE SOBRE SUPERREALISMO



Portada del nº 7 de la Revista *Littérature* (Diciembre 1922) realizada por Francis Picabia

El Surrealismo[1], Superrealismo o Suprarrealismo es un tipo de arte que surge entre las dos guerras mundiales y está cargado de munición antirrealista e irracionalista. Este movimiento, liderado por el poeta André Breton, no hubiera existido sin dos vanguardias anteriores, el Futurismo de Marinetti y el Dadaísmo de Tristan Tzara.

Según algunos críticos, el Surrealismo surge de las cenizas de Dadá, pero, frente al total antipasatismo (rechazo del pasado y la tradición) de los de Tzara, los superrealistas admiraron a todos aquellos que rompían las normas y los límites de la racionalidad, independientemente de la época en que vivieran. Así, admirarían a Goya, William Blake, Bruegel, Baudelaire y Rimbaud, Gustave Moreau, Gaudí...

En principio, esta manera de crear y de pensar surge como movimiento literario, comandado por el antedicho Breton, por Louis Aragon y por Philippe Soupault. Con el paso del tiempo, irían añadiéndose nombres y sumándose artistas de otras disciplinas: en pintura, Dalí, Magritte, Miró, Delvaux, Ernst, Masson, Arp, Klee...; en cine, fundamentalmente Buñuel y Cocteau; en fotografía, Man Ray.

En 1924 se publicó el *Primer manifiesto surrealista*, donde se define dicho término como "un automatismo psíquico puro mediante el cual se propone expresar, sea verbalmente, sea por escrito, sea por cualquier otro medio, el funcionamiento real del pensamiento. Dictado del pensamiento en ausencia de cualquier control ejercido por la razón, al margen de toda preocupación estética o moral...". Breton reconoce en este mismo manifiesto lo que hay de admirable en algunos autores del pasado:

[1] Algunos críticos rechazan el término "surrealismo" por entender que puede ser interpretado como el ismo por debajo de la realidad, y, en francés, "*surrealism"* se acerca más al significado de las palabras "superrealismo" o "suprarrealismo". Aquí serán utilizadas indistintamente.

Swift es surrealista en la maldad,
Sade es surrealista en su sadismo,
Chateaubriand es surrealista en el exotismo,
Constant es surrealista en la política,
Hugo es surrealista cuando no es tonto, [...]
Poe es surrealista en la aventura,
Baudelaire es surrealista en la moral,
Rimbaud es surrealista en la vida práctica y en todo...

La revista *Littérature* supuso una plataforma privilegiada para la difusión de las teorías e ideas surrealistas. El Surrealismo, en una primera etapa, caminó de la mano de Dadá, pero pronto se desprendió de su tutela y afrontó una nueva etapa caracterizada por su politización (los dadaístas rechazaban la doctrina política), al asumir el pensamiento de Marx. De hecho, algunos surrealistas llegaron a militar en el Partido Comunista Francés. A partir de entonces, el Surrealismo bebió también, y más que nunca, de las fuentes del psicoanálisis freudiano (especialmente de *La interpretación de los sueños*).

Nadie pone en duda actualmente la influencia del Surrealismo sobre el arte contemporáneo occidental; ahora bien, en el campo de la poesía, fue excesivamente automaticista. Es más, las obras literarias más importantes del Surrealismo no son poéticas (salvo el Eluard tardío y algo de Aragon y Soupault), sino narrativas: he ahí el ejemplo de la estupenda novela de Breton *Nadja*, a la que Mario Vargas Llosa incluye entre las mejores del siglo XX[2]; pero también, del mismo autor, *L´amour fou*, una especie de ensayo con un encuentro novelesco, atribuido al azar, que resulta delicioso.

También en España hubo Surrealismo más allá de Dalí y Buñuel, las dos grandes referencias. Así, Vicente Aleixandre, Premio Nobel y maestro de maestros, se acercó al Superrealismo en *Espadas como labios* y *La destrucción o el amor.* Del mismo modo, Federico García Lorca haría su particular acercamiento con *Poeta en Nueva York*, donde muta lo “gitano” por lo “negro” en un discurso irracional y de denuncia. Otra composición lorquiana tildada de surrealista fue *El público*, obra desconcertante y confusa, digna de atención. Rafael Alberti, poeta injustamente infravalorado por algunos, no fue sólo autor del mitificado libro *Sobre los ángeles*, ni fue éste el único poemario suyo con tendencia surreal; ya algunos poemas de *Cal y Canto* apuntaban al Superrealismo y éste florecería en *Sermones y moradas*, un libro magnífico.

Si hay en algo en lo que el Surrealismo español aventaja al francés (al menos en lo que se refiere a poesía) es precisamente en que está dotado de contenido, mientras que el galo es mucho más fiel a la escritura automática, que lo deja desnudo y sin significado, más próximo al experimento de laboratorio que a la literatura.

Hubo más casos de Surrealismo en la poesía española (algo en Cernuda y mucho en Cirlot...). Mucho después, se han podido tildar de superrealistas algunos textos de Pere Gimferrer (aunque su referente quizá fuera Octavio Paz y no los viejos surrealistas) y también otros coetáneos del poeta novísimo. Últimamente, hemos tenido casos de autores superrealistas como Blanca Andreu, quien, con *De una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall*, consiguió el premio Adonais en 1981. Lejos quedaban ya las recreaciones neogarcilasistas de la primera posguerra española.

Sergio Gadea Escudero

[2] Vid. Mario Vargas Llosa *La verdad de las mentiras*, Madrid, Alfaguara, 2002, pp. 103-113.

FECHA DECISIVA

La habían arrancado del lecho y sacado de su cuarto cuando aún las estrellas se bañaban en la playa cercana. Disidente con el silencio reinante, la sirena de la ambulancia rasgaba el aire pidiendo paso libre a los escasos vehículos que circulaban a aquellas horas, y el cuentakilómetros elevaba su manecilla advirtiendo del peligro. Dejaron atrás el estanque y los árboles del parque que cabeceaban sonámbulos, envueltos en la melancolía de la madrugada, y enfilaron la avenida que lleva directamente al hospital, cuyas luces apenas se vislumbraban a lo lejos intentando inútilmente taladrar la niebla.

Les recibió un ejército de fantasmas embozados, vestidos de verde, que condujeron deprisa la camilla por un laberinto de pasillos pulidos flanqueados por puertas numeradas. Ella percibió, antes de desvanecerse, cuchicheos, lamentos, carreras…

“Caigo, caigo, desciendo por un pozo flotando en el vacío como los astronautas perdidos en el espacio. Pedro, te llamo, te llamo y no me respondes, dónde estás, por qué no vienes a ayudarme. Tú nunca me has fallado. Ven, sálvame, bésame, abrázame como si fuera un recién nacido necesitado del amor de su madre. ¡Socorro, socorro! Sigo cayendo, me atrapa el remolino del fondo, me succiona el sumidero, me arrastra la corriente. Socorro…Socorro”

Desconocía cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Abrió los ojos, paseó la mirada por la pequeña habitación llena de aparatos extraños y comprobó que estaba conectada a unos tubos que parecían surgir de las paredes. No podía moverse, le dolía todo el cuerpo. Avisado por la enfermera, llegó el doctor que le prescribió un analgésico. Además, le traía buenas noticias. La operación había sido un éxito, pronto podría volver a casa y, después de unos meses de descanso y reconocimientos periódicos, al trabajo. “Recuerda esta fecha –añadió–. El 4 de noviembre de 1985 es el día en que has vuelto a nacer”. Incapaz de balbucear unas palabras de agradecimiento, dedicó al doctor una sonrisa dolorida que él le devolvió comprensivo.

Cuando el lagrimeo del suero mezclado con el analgésico hizo su efecto, un bienestar dulcísimo se adueñó de su cuerpo y lamentó que Pedro no estuviera a su lado para compartir aquellos momentos. Añoraba al Pedro feliz, siempre pendiente de sus deseos, que bromeaba y reía como un chiquillo mientras la cercaba con los brazos, al hombre que la amaba sin condiciones y que ella había perdido con su comportamiento. Evocó las manos de Pedro recorriendo su cuerpo, acariciando sus senos; las yemas de los dedos deslizándose por su rostro, siguiendo la línea de su perfil; los labios de Pedro besando sus párpados…

Sucedió cuando comenzó a manifestarse la enfermedad. Se sentía cansada, sin ganas de hablar, nerviosa, de mal humor, en tensión. Nada conseguía despertar su interés; rechazaba las caricias que tan feliz la hicieran hasta entonces. Deseaba estar sola, dormir mucho y acabar con aquel cansancio infinito, con aquel malestar que la embargaba. Disimulaba en presencia de su pareja. Ella siempre había sido una mujer fuerte y saludable. Esperaba vencer aquella etapa adversa, resolverla por sus propios medios; confiaba en que su organismo respondiera, mas, finalmente, hubo de acudir al médico y el diagnóstico fue desalentador.

Nada le explicó a él. No podía soportar la idea de que la viera enferma. No quería atarlo a las penurias que la esperaban, a las servidumbres de su enfermedad; hacerlo testigo de las humillaciones que le acarrearía la incapacidad que la acechaba. No; no tenía derecho a arruinar su vida. No podría resistir verlo a su lado por compasión.

Se habían conocido tres años antes. Los presentó una amiga común durante la visita que hicieron a una exposición de las obras de Pedro. Ella quedó impresionada por unos lienzos llenos de vida y poesía, reveladores de un profundo mundo interior. Fue un flechazo instantáneo. Desde entonces no se habían separado.

Romper la relación fue una decisión muy dolorosa. Rechazarlo mientras todo su ser lo reclamaba. Verlo marchar cuando más necesitaba de su amor. “Jamás olvidaré la expresión de su mirada”, se dijo mientras sus ojos se llenaban de lágrimas al oír cerrarse la puerta tras él.

Durante la penosa convalecencia, escenas verdaderas o creadas por su imaginación y los calmantes, se infiltraban en su mente. A la hora incierta de la duermevela, como si de una cita concertada con anterioridad se tratara, llegaba a buscarla Pedro. Con las manos enlazadas caminaban felices por un campo cubierto de césped brillante que conservaba gotas del rocío nocturno, a pesar de que el sol brillaba y el día era cálido. Ella se sentía a la vez espectadora y protagonista de aquella realidad soñada, en la que sus recuerdos infantiles y los de él se entrecruzaban. Así conoció la pequeña casa de campo de paredes encaladas y trabajadas rejas de forja donde había transcurrido la niñez de Pedro; comió con él y su familia al resguardo de la parra; se bañaron en la balsa con los demás niños y al atardecer, cuando el aroma del jazminero se adueñaba del aire, pasearon por los alrededores en viejas bicicletas asperjadas de óxido. En otras ocasiones, su imagen la asaltaba en el momento más insospechado del día o de la noche y entonces compartía, aunque fuera de la escena, sus tiempos de estudiante y la emoción de sus primeras exposiciones y sus primeros éxitos. En aquella existencia paralela revivía los tiempos iniciales de su relación; sentía sus caricias; el susurro de su voz en los oídos; el reclamo del amor en medio de la noche; su respiración entrecortada por el deseo; descansaba en la dulzura que le proporcionaba el cobijo de sus brazos…

Corrieron los meses. Ahora que volvía a ser una persona sana y con ganas de vivir, la añoranza de Pedro se intensificaba. No podía vivir sólo de sueños. No era suficiente. Lo necesitaba a su lado, en la realidad cotidiana.

Dudó durante un tiempo, pero finalmente venció sus temores y decidió volver a su ciudad a buscarlo. Una vez allí, se acicaló con esmero; quería que la viera guapa, llena de vida; explicarle lo sucedido, pedirle perdón por su comportamiento, suplicarle que volviera a ella si es que todavía era posible. Mientras recorría las calles del casco histórico, se preguntaba cómo la recibiría. Imaginaba su sorpresa al verla, los primeros momentos mirándose indecisos sin poder hablar, y cómo después, a falta de palabras, se fundirían entre risas y lágrimas en un abrazo prolongado que acabaría con su separación.

Al llegar al viejo edificio donde Pedro tenía su estudio, llamó varias veces al timbre pero no obtuvo la respuesta esperada. Insistió. Alguien abrió desde arriba y una voz ronca la invitó a subir aquella escalera tan conocida. Una mujer madura la esperaba delante de la puerta.

-¿La mandan de la agencia?, –preguntó la mujer antes de que ella pudiera abrir la boca–. Pase, pase, yo misma le enseñaré el piso.

-¿De la agencia?, ¿de qué agencia me está usted hablando? –inquirió al tiempo que entraban. Yo vengo en busca de Don Pedro Fernández, el dueño de este estudio.

-¡Vaya por Dios!, –exclamó la desconocida–. Entonces usted no sabe, siento tener que decírselo, que Don Pedro murió a consecuencia de un accidente, va para año y medio.

-¿Qué está diciendo?, ¿qué Pedro ha muerto? –contestó incrédula segura de que existía un malentendido–. Yo le hablo del pintor.

-Sí, sí señora, el mismo –afirmó la mujer–. Un accidente de tráfico acabó con su vida, y, según Doña Mercedes, la vecina del tercero que de todo se entera, antes de

morir donó sus órganos para quien los necesitara. ¡Era tan bueno! Pero… ¿Qué le pasa?, ¿se siente Vd. mal?, ¿quiere que le traiga un vaso de agua?

No pudo contestar a la mujer; se derrumbó sobre la mesa volcando una vasija de cerámica llena de pinceles que se dispersaron sobre su superficie. Transcurrieron unos segundos antes de reaccionar.

-¿Cuándo sucedió?, ¿sabe Vd. la fecha del accidente? –Su nuevo corazón se aceleró todavía más. Su voz temblaba, casi no podía hablar, pero hizo la pregunta cuya respuesta conocía sólo para que no quedara ninguna duda– ¿Fue el 4 de noviembre de 1985, verdad?

-Sí, sí señora, pero, ¿no ignoraba Vd. que Don Pedro había fallecido?

María Rosario Mohinelo

Post Scriptum
Según un documental que vi por TV, los científicos no se ponen de acuerdo sobre el lugar del cerebro donde reside la memoria. Sin embargo, algunos de ellos comienzan a preguntarse si la memoria pudiera estar también en otro u otros órganos, a raíz de las experiencias de ciertos trasplantados que recuerdan sucesos ajenos a sus vidas y que parecen ser de las de los donantes.

Atardecer agónico

Sangraba en el ocaso
el sol que se escondía:
inflamado crepúsculo,
que el rojo iluminaba
como estampa doliente
de tornasoles agrios.

La noche, era la noche
la que llegaba trágica,
la que escondía la luz,
dejándonos en sombras.
Era un instante sólo,
que en el cielo ponía
un brillo de diamante
muy distante y agónico,
después todo se hundía,
aunque grabó en los ojos
el recuerdo y la huella
del instante bellísimo.

Manuel Parra Pozuelo

EL MERCADO DE LOS SUEÑOS

“Ella deambula por el mercado de los sueños. Las vendedoras los han desplegado sobre grandes paños en el suelo”. Hay sueños verdes, amarillos, azules y rosas pastel, dorados, plateados y morados.

Embobada los mira y se pregunta ¿Y si me atreviera? Duda unos instantes y por fin dice a la vendedora:

-Por favor, señora ¿Qué cuestan los sueños?

-Sólo la voluntad, pero nada más se puede elegir uno.

-¿Y qué clase de sueños tiene?

-Sueños del pasado, del presente y del futuro. El pasado incluye la niñez y juventud; el presente los sueños actuales y el futuro los que tienen que venir.

-Muchas gracias. Me sentaré a esperar por cuál me decido.

-No tarde mucho, tan pronto se ponga el sol recogeremos el puesto.

Alicia se sentó en un banco, meditando. Si elegía un sueño de niñez y juventud, podría volver a decir a sus padres lo mucho que los quería, sentía tanto no habérselo dicho muchas veces cuando aún estaban a su lado. También, por qué no podría tener aquel vestido de hada con falda de tul y estrellitas azules, que había visto en un cuento y que siempre deseó llevar en carnaval. ¿Y si volviera a la adolescencia? Se reencontraría con su amor de juventud, le prometería no olvidarlo nunca y se citarían para cuando fueran adultos. Del presente no echó en falta ningún sueño. Era feliz con su marido, todos sus hijos estaban bien y los nietos crecían sanos y alegres. No podía pedir más.

Finalmente, se acercó a la vendedora y le pidió: ”Deme un sueño del futuro”.

La mujer no se asombró de que una persona de su edad pidiera un sueño del futuro, le entregó un paquetito con un bonito lazo verde, y sonriendo le aconsejó: “Ábralo a las doce de la noche. Es la mejor hora para los sueños”.

Alicia tuvo en cuenta el consejo de la vendedora y un poco antes de las doce, dejó a su marido enfrascado en el programa deportivo que daban por televisión, y se acostó. Abrió el paquete, puso sobre su pecho la extraña flor que contenía, se quedó plácidamente dormida y comenzó a soñar.

Mientras se desmaquillaba se miraba en el espejo y se encontraba bastante bien pese a sus 73 años, del cansancio acumulado aquel día agotador y del madrugón para ir a la peluquería donde, además de peinarla, la maquillaron por tercera vez en su vida. Aún conservaba restos de la belleza de antaño y su mirada brillaba con satisfacción y agradecimiento.

Nunca pensó que pudiera llegar a celebrar sus bodas de oro rodeada de sus hijos, de sus nietos, y sobre todo, acompañada de su querido compañero. Nunca pensó que pudiera ser tan feliz, la tarea ya acabada y el cariño multiplicándose en tantos seres queridos.

Sin lugar a dudas había elegido el mejor sueño.

Araceli Cuesta

La tierra

Desnuda está la tierra. Sombra y polvo.
En una esquina con dolor de tierra,
tierra y polvo desnudo. Que en la piedra
abandona la tierra su sollozo.

Desnuda está la tierra. Se oye solo
un golpe soterrado de aire y yerba,
de agua profunda. Que jamás despierta
la tierra que está en sombra. Casi todo

lo que es tierra y dolor lo mira el ojo.
Y es mancha y polvo y soledad y arena
cuanto hay desde el páramo hasta el pozo.

Aunque el pozo está seco en lo más hondo
el agua que hubo alguna vez aún suena,
y aún puede oírse su clamor remoto.

Francisco Alonso Ruiz

REFLEXIONES SOBRE HARUKI MURAKAMI Y EL CUENTO

Hace una temporada que estoy subyugada por la lectura de Haruki Murakami. ¿Qué quién es? Poco o nada sé. Lo que sé se adivina a través de sus obras y opiniones. Es muy fácil enterarse de su biografía. En las solapas de sus libros aparece una reseña que os puede informar. Sólo les digo que es japonés y su fama se extiende por todo el mundo. Tiene una forma muy original de considerar lo que lo rodea. Nos muestra un suceder cotidiano y sencillo. Cuando te adentras en su lectura ves que la sorpresa sostiene esa aparente sencillez que te cautiva y no te abandona durante la aventura.

Para Haruki Murakami escribir novelas es un reto, escribir cuentos es un placer. Sigue diciendo que escribir novelas es como plantar un bosque, el follaje proyecta una sombra agradable sobre la tierra y el viento mueve las hojas cambiantes teñidas de oro, mientras que escribir un cuento se parece más a un jardín en el que contemplamos las yemas de los arbustos, sus flores y sus pétalos de múltiples colores que atraen a los insectos y nos recuerdan la sutil transición del paso de las estaciones. El cuento es cercano y lo abarcamos con nuestra mano y para la novela necesitamos una parte de nuestro mundo que el viento dispersa en múltiples retazos que hay que componer. Leyendo su obra, me confirmo en estas afirmaciones, como si los cuentos fuesen recreos de la mente, pequeños desperezos de su creatividad.

El motivo de esta reflexión es un cuento de este autor titulado: *Sauce ciego, mujer dormida.* La trama se desarrolla de forma que parece muy fácil. Trata de un joven que acompaña a su primo al hospital. Se llevan nueve años. Hace cinco que no se ven y ese tiempo ha levantado un muro de incomprensión entre ellos, que poseen unas personalidades extrañas. El que narra la historia viene de una gran ciudad donde ha sufrido decepciones y su carácter está un tanto amargado. Tiene veinticinco años, se encuentra sin trabajo y lo dejó su novia. La causa de su regreso al pueblo natal es la muerte de su abuela por cáncer de intestino. Recobra su antigua habitación, sus libros, sus discos, los aromas y sabores del pasado. Pasa el tiempo y se aburre de forma desesperante, lo invade una abulia que hace que pasen los días y no tome ninguna determinación. Planea su porvenir que ve lejano y ajeno, como si no fuese algo que le atañese. La vaguedad de la desgana más acentuada y los recuerdos lo arropan como los pétalos al pistilo recóndito. El recorrido en autobús hasta el hospital, a donde va a acompañar a su primo, despierta en él disyuntivas del pasado y ensoñaciones que lo transportan a un cúmulo de dudas. El chico comenta su miedo a la revisión del oído. A través de su evocación nos enteramos de que cuando su primo empezaba primaria una pelota de béisbol le dio en una oreja y su oído se resintió. Cada seis meses pierde el oído del todo, como si el ruido del silencio de la oreja derecha se hiciese más profundo y ensordeciese a la oreja izquierda y ese flujo y reflujo cesase y diese paso al silencio absoluto.

Ya en el hospital su primo se despide, cree que la consulta será larga. El protagonista dice que no importa que se irá para la cafetería y lo esperará allí. Así lo hace. Sentado se recrea en lo que le rodea. Observa a una familia y supone

minuciosamente lo que les pasa a cada uno; como visten e incluso qué sienten. Sus ojos ahora se fijan en el césped más allá de las cristaleras, en las gotas de los aspersores que se suspenden de los pétalos y quedan vacilantes en llamas de luz. Dos pájaros cruzan. Ve las pistas de tenis y más allá las hileras de olmos a través de los cuales se divisa el mar. Las olas centellean al sol de principios de verano y el viento hace oscilar las hojas de los árboles y ondula el sistema de riego. Este paisaje, que observa a través de los ventanales, le resulta familiar. Cavila intensamente en esa impresión. Cómo y cuándo estuvo en ese mismo sitio no puede determinarlo. Sabe que es la primera vez que viene a este hospital y todo lo demás es una certeza irracional que le produce una inquietud fuerte, vivida, pero no real. No llegamos a enterarnos si lo evocado es verdadero o un delirio. El protagonista cierra los ojos para concentrarse y en ese estado de su mente surge una historia. Detallada en sus paisajes, sensaciones y certezas que nos llevan a otro mundo, a otras escenas que sorprenden al protagonista y le causan una gran desazón. ¿Sucedió? No lo sabremos. En realidad, para mí, es el verdadero cuento.

Relata que hace ocho años que ha ido a ese hospital en compañía de un amigo a visitar a la novia de éste. Nos da toda clase de pormenores de la operación y sus causas. En los días de convalecencia acuden asiduamente a visitarla. Va contándonos las vicisitudes de las visitas en compañía de su amigo. Nos describe la vestimenta de la chica con los más mínimos detalles y cómo admira su cuerpo, incluso deja caer una observación erótica provocada en el protagonista por la novia de su amigo. Mientras la pareja habla, él contempla el paisaje: los laureles más allá de la ventana, los rumores de las olas, el aire húmedo y el olor a hospital que todo lo impregna. De pronto, se detiene en su elucubración, no recuerda más, se traba su pensamiento. Vuelve al presente y se sorprende de la tardanza de su primo. Mientras él estuvo distraído el comedor se ha llenado de gente. Es la hora de comer. Se remueve en la silla e intenta volver a aquella otra visita con su amigo al hospital. Trata de imaginar la intervención de la novia, cómo le rasgan el tejido y meten los dedos para reponerle la costilla. Hurga en los recónditos rincones de su memoria para completar una acción que es irreal como una metáfora para recobrar sus sueños. Más adelante, el narrador observa el bolígrafo que oscila en el bolsillo superior del pijama de la chica. Ella, al darse cuenta, explica que lo tiene porque está escribiendo un largo poema sobre los sauces ciegos. Son sus deberes de verano para el instituto. Es un cuento en verso sobre un sueño que había tenido hace tiempo. El novio quiere leerlo pero ésta aduce que aún no están perfilados los detalles. Les explica con un dibujo cómo eran los sauces ciegos. Dibuja una colina y los sauces que la pueblan, en lo alto, una casa en la que duerme una mujer. No se parecen en nada a los sauces que conocemos, son más bien manojos de rabos de lagartijas con flores grandes de las cuales sale un polen que arrastrado por los insectos entra en el oído de una mujer y la duerme. El polen se convierte en gusanos que roen el cerebro y producen la muerte. Un joven sube la colina para salvar a la mujer dormida. Ardua faena, porque los sauces son muy frondosos y le impiden el paso. Nos advierte que es la primera vez que alguien sube la colina desde que los sauces ciegos se han apoderado de ella. El joven se protege con una gorra que le tapa las orejas defendiéndole de las moscas que portan el polen. Sube con dificultad, le empuja la esperanza de llegar a tiempo de salvar a la mujer. Pero ésta ya ha sido devorada por los gusanos.

La llegada de su primo le distrae del recuerdo. Su primo le pide que le mire el oído. Se queja de que le debieron agrandar el agujero de tanto escarbar. Él se admira de lo perfecta que es una oreja y la describe meticulosamente y se sorprende de cómo la evolución la perfeccionó para la mejor recepción del sonido. Piden a la camarera diversas vituallas para comer. Se mantienen en silencio como si todo estuviese concluido. Más tarde, se dirigen a la parada y mientras esperan el autobús, en la mente del joven siguen presentes las desazones que le produjeron las consecuencias

de los sauces ciegos. El agujero del oído de su primo le recuerda la entrada de una gruta por la que penetrarán las minúsculas moscas del poema transportando el polen de los sauces ciegos que sorberán su carne hasta matarle. Sigue enfrascado en su temor. Le causa escalofríos pensar en el problema de su primo y la relación que su mente trajo hasta él. Cuando más angustiado está por el miedo es sacudido fuertemente por éste: “El 28, ya llega. ¿Qué te pasa. Estás bien?” le dice con aprensión. “Sí, estoy bien. No te preocupes” Y le rodea los hombros con su brazo en una muestra de ternura y afecto. Cierra el cuento el regreso a la casa familiar.

Me extendí en detalles que no suelen darse en un argumento porque me gustaría que lo leyesen y formasen sus propias conclusiones.

Murakami es prolijo en observar las minucias que le rodean, consiguiendo un efecto muy atractivo para el avezado lector. Muestra las sensaciones de los sentidos y los pensamientos que éstos le causan en una sucesión ininterrumpida de descripciones. No tienen por qué ser reales, pueden ser producto de una ilusión. Y ésta sería una fantasía próxima al realismo mágico. Los seres de su mundo real y fantástico entran y salen del uno al otro, sin pasar por lo que consideraríamos una situación real. Ahí radica su atractivo.

Airam Lebasi

Centro comunitario Playas

En la cálida tierra alicantina
donde el Cabo reside noche y día
un cañaveral libre se mecía
 bajo el inmenso azul que nos fascina.

Arrancado de cuajo fue su ruina
y en el mismo lugar, algarabía
de bomberos, desguace y policía
quedando por citar la obra divina

de la que todos somos su cimiento,
aquella que de un sueño despertamos.
Y hoy al cumplir un año se inaugura.

¡Qué mezcla de semillas hizo el viento
con todo lo anterior que recordamos
siendo su fruto un centro de cultura!

Lucía Espín

P e r f e g i c t r l

-Nunca he pagado por estar con una mujer.
-Sí, eso es lo que tú te crees.

Sombras y niebla. Woody Allen

"Sí, los dos tenemos razón y, para no ser conscientes de ello de un modo irrefutable preferimos irnos solos a casa ¿verdad?

La negativa. Franz Kafka.

Eres una chica perfecta,
guapa, culta, inteligente...
te gustan los hombres acaudalados.
Haces que resurjan en mí
mis más atávicos complejos,
doctorada, colocada, abierta
a quien pueda seguir tu ritmo.

Un amante en cada puerto ¿y por qué no?
¿no lo han hecho siempre los hombres?
¿no ha habido siempre licenciosos,
que con un manojo de billetes,
creían que compraban el mundo?

Pero tú eres distinta,
pues eres la chica perfecta, avispada,
elegante como la noche
y risueña como la luna de los más caros burdeles de la vida.
Un carísimo coche, un magnífico trabajo,
un viaje romántico, un físico cultivado y
una verborrea deslumbrante,
conquistan tu corazón.
Eres la chica perfecta y
jamás te venderías por un sentimiento.
Así que, dime,
¿por qué un chico como yo,
que vive de los más hermosos sueños,
por qué, por qué habría de caer a tus pies?

Sí, preferimos irnos a casa solos ¿verdad?

Sergio Gadea Escudero

LA NIÑA NEILA Y LA GALANA

A María Rosa Alberola

A las siete en punto de la mañana subieron al tren rumbo a la capital. El viaje era un remedo del que emprendieron tiempo atrás la Niña Neila y La Galana en carruaje de caballos desde Matanzas a la serranía. Van ahora a recoger una cosecha que le pertenece a La Niña Neila por derecho de conciencia. Ha llovido suficiente en un siglo para que el fruto sea abundante. Corre el otoño; primeros de Octubre; cien años se han cumplido desde que los cubanos se declararon mambises, insurrectos contra España.

En el trayecto se vislumbraba ya el recuerdo de lo sucedido antaño; se iba haciendo nítido porque era preciso digerir los átomos de aquella experiencia y liberarse de la tendencia que la Niña tiene hacia los malos amores.

Niña Neila es liviana y blanca como un copo de nieve; flota à coup de vent de tal modo que parece no sostenerse en los frágiles tobillos; sus ojos transparentes, unas veces miran inquisitivos y otras veces ensimismados o ausentes, conservando una inocencia sin límites, un destello justiciero, un coraje de niña insensata y valerosa. La envuelve una exquisita atmósfera de improvisación, que le proporciona un encanto extraordinario a sus facciones y a sus manos gráciles y rigurosamente menudas.

La Galana llena mucho espacio con su vigor; sus ojos oscuros, a menudo mansos como los de una ternera, a veces destellan un chispazo brujo y pícaro; la envuelve un aura serena e idéntico fulgor justiciero en la mirada, un coraje de guerrero chamuscado, cautivo mil veces y mil veces liberto. Tiene la Galana el corazón grande, amplia la frente y las manos pequeñas con rugosos nudillos.

Licia Canora, La Galana, había nacido en La Heredad; hija de la negra clara Antonieta Castillo y padre desconocido. Cuando nació Niña Neila, hija de Don Gervasio López y de su esposa Doña Neilita Albalate, Licia Canora tenía doce años; rondaba los veintitrés en la época en que abandonó La Heredad para casarse con el gallego Gemidio Galán quien tenía un colmado por aquellas tierras. A partir de ese momento la llamaron La Galana y nunca más nadie la nombró Licia Canora.

Los Albalate se habían arraigado en la Isla; iban para tres generaciones. Hacia 1812 llegó el bisabuelo liberal, tránsfuga de España, harto de la situación inestable y convencido de la poca vida que iba a tener la República. Vendió algunas posesiones que tenía en Levante, fletó un barco y fondeó en La Habana el 26 de Agosto. Doña Neilita era pues puramente criolla, tercera generación, en tanto Don Gervasio, de última hornada, llegó muy gallardo luciendo sus galas de ingeniero militar, pero con las nupcias de Doña Nielita, pegó el braguetazo, se apeó los galones y se dedicó a la hacienda de los Albalate.

Calla, me dice de pronto la Galana; calla y déjame contar a mí que soy la Galana. Tú sabes historias inventadas, pero de la Niña Neila no sabes tú nada, apenas hilachas, volutas de humo, burbujas que te suben a la cabeza. Déjame contar a mí, insiste, que soy quien tú fuiste, la mismísima Galana. Tú, tate quieta, señorita, obedece y deja que yo cuente. Ya sé que tú escribes bonito, me increpa, que sabes mucho de la lengua española; pues me perdonas si digo alguna cosa rara porque yo soy cubana; tú luego lo arreglas y lo apañas, pero de la historia de la Niña Neila, calla y escribe, escribe, que quiero dejar testimonio de los desamores de la hermosa Niña.

Y la dejo que cuente, que lo saque todo de nuestra memoria mutua y oscura, porque es buena cuentera la Galana y yo dócil escribidora.

La Niña Neila –cuenta la Galana- desde sus albores estuvo marcada por la malquerencia. Doña Neilita, su mamá, la trajo a este mundo prematuramente, días antes de las cuentas hechas. Estaba redonda cuando Don Gervasio, su esposo y señor… ¡Pon su señor! aunque te parezca antiguo; estamos en 1878, la mamá encinta, oronda, sentada en un mimbre entelado que había en el porche, esquinado y orientado a la fresca, cuando Don Gervasio parte hacia la Habana en coche de punto; faltan muchos días para el alumbramiento. Una tarde, era por Noviembre, época de secas con muchos tornados, Doña Neilita, recién tomado un zumito de lima, exclama ¡ay Antonieta parece que ya quiere venir! Yo tenía entonces doce años y vivía en la hacienda con mi mamá, la negra Antonieta. Las dos la tomamos a las volandillas para acomodarla en la estancia que se había preparado siguiendo las órdenes del amo.

Don Gervasio era un señor muy moderno y muy enterado en cosas de ciencia; leyó en las gacetas que un médico francés había descubierto bichos invisibles flotando en el aire que se aferran a los paños y los maderos como descosidos y por ahí se les meten a la gente en el cuerpo, la infectan y la truenan; sobre todo donde hay mugre y poca limpieza. Tuvo así la idea de preparar para el parto las estancias de su alcoba, botar la cama de pura leña y sustituirla por otra de metal que dijo no tiene porillos y los bichos esos que llamaba gérmenes no se afincaban allí; y cada día nos hacía restregar los hierros de aquel camón inmenso no fuera cosa de que algún germen anidara en ella; lavábamos toda la lencería con agua clorada, hasta las colchas y los almohadones, las cortinas y los visillos de fina gasa.

En aquella pulcra alcoba acomodamos a doña Neilita que andaba melindrosa y zonza, suspirando pero sin apenas quejarse. Las horas que pasan; Doña Neilita se fue poniendo más tensa y pasó de los suspiros a los lamentos; se mordía el dedo entre los dientes para soportar el trance. Mi mamá le dijo ¡suéltese, doña Neilita qu'esto no es p'aguantar!, lo mismo le ocurre a la más señora que a la más mucama; es cosa de hembras que hay que pasar.

Se llevó recado al doctor don Emerencio Lojano, de lo mejorcito que había por aquellos campos, pero se había marchado lejos a asistir a otra dama. Así que avisamos a la Comay Régula, quien me había traído al mundo y a muchos otros niños de La Heredad. Era negra vieja, curvada, con piel sarmentosa, hablaba conjuros de abanacué santera que nadie entendía, pero era experta partera. Yo me anduve dacá parallá con albañales de agua tibia y ropas limpias. La cría se alumbró medio ladeada; la Régula frunció el ceño pues tenía para sus sabidurías que aquel no era el mejor rasgo de feliz nacimiento. Rezongó la vieja, hizo lo que pudo volteando a la niña; entre rezos santeros, trazó sobre el vientre de la criatura signos venturosos y bajo la advocación de la santísima Virgen de Regla la puso.

Don Gervasio llegó pasados dos días; encontró a la señora medio enfebrecida, dijo Don Emerencio que a causa del puerperio; la niña, ya engalanada, tenía la piel blanca como la leche, casi un punto azulada y reposaba en su cunita cuajada de organzas, lazos y puntillas como una princesa. La vieja Régula recibió lo suyo, contempló con la boca fruncida a la recién nacida y se marchó renqueando haciendo

conjuros, a ver si podía con su magia antigua torcer los caminos de la pobre niña. Pero ni ella pudo torcerle el destino como se verá.

¡No te andes inventando cosas¡; que si morenita, que si de ojos claros… Habladurías, tenía los ojos brunos y la tez blanquísima. Cierto que fue consentida, que fue muy golosa, ligera y delgada, pero fuerte y sana. No cogió paperas ni germen alguno, pero ¡cosa extraña!, los cabellos se le hicieron tintos con los años pues llegó a la juventud con los pelos entreverados de mechones rojizos. Parecía una hoguera con llamitas esa cara blanca.

Vamos a lo que interesa de la malquerencia. Niña Neila ha cumplido dieciséis años. Ya iba para cuatro que me había ido de la hacienda, ¡eso sí, casada y muy bien casada con Gemidio Galán! Pero nunca se marchó mi corazón de la casa grande; allí que me iba a menudo a ver a mi mamá, a la Niña y a Doña Neilita que me hacía encargos de cocina y dulcería, majarete, dulce de yemitas, crema de maní crujiente y pernil de puerco relleno de piña.

Pues bien, La Niña se ve cortejada por un mozo bien plantado, hijo de la casa Uribe, muy bien situado y guapo a rabiar. Sólo que la ve un domingo saliendo de misa, con aquel cabello de hoguera nocturna, se le alza el macho que llevaba dentro y jura por sus huesos que tendrá a la Niña. Se planta en la hacienda un doce de mayo de 1895 y a Don Gervasio le pide las manos de la doncella. Sí, escribe, las dos manos; no fuera que dejando libre una de ellas, viniera otro mozo a pedir al padre otro tanto. Eran tiempos de sublevación y guerra.

El padre lo ve tan tronado que le obliga a la espera hasta que la niña cumpla dieciocho años, buscando en sus fueros alargar el trance; entretanto verá a la muchacha de pascuas a ramos, en la compañía de su tía abuela la viuda Manuela. Todo fue rodando, rodando y rodando como rueda el amor, con bríos, sin cauce, igual que un tornado arrasando todo. Cuanto más cela la viuda cada paso, cada gesto, cada breve encuentro, más se enciende la pasión de amor de la Niña Neila. Fue primero el roce de un besamano; luego, bailando un danzón, que al hombre se le va la mano por encima de las sedas del vestido y le roza la espalda, como un sin querer, usted me perdone. El enamorado criaba fama de no ser muy fiel a ese amor intacto, por tenerla tan bien pedida al padre y entregada de buena fe.

¿Al grano, me dices? ¿Qué acorte detalles de cuño romántico?, ¡que hay que rematar la historia y no queda trecho! ¡Y tú eres poeta, rendida escritora!; pues vete al carajo, como dice mi gallego.

¡De la insurrección qué voy a saber!; cosas de política que ahí no me meto. Políticos gordos, banqueros pellejos, criollos altivos, gobernantes tercos. Don Gervasio intuye que todo lo va a perder, le llaman colonialista pues algún partido tomó el señor hacia la patria lejana cuando ya se han levantado en sus haciendas los peones y han dejado hueras las tierras sin brazos para trabajar. Decide malvender las haciendas a la casa Uribe y tirar para España antes que perder la vida y Doña Neilita, ¡qué podía hacer!; encendida en llanto porque es vieja criollita, asume la decisión y se prepara para la partida. La Niña Neila, terca y exaltada, no quiere marcharse; ya murió la dueña viuda, acaba de cumplir los dieciocho años que estaban pactados con la casa Uribe; recuerda a su padre la promesa hecha, dice que ya es mayor para casarse, monta a caballo y sale galopando hacia su amor. Confía la madre la joven obcecada a los Uribe, con el razonamiento de la pronta boda y allí queda refugiada, enamorada y sola la Niña, saboreando la promesa de cumplido amor que el destino va a regalarle.

Pero el joven Don Joaquín Grial Uribe, ahora traidor a su rica familia de terratenientes, ha tomado partido y causa por los insurrectos; y miré usté, de mozo bien pagado y peinadito ha pasado a mambís cerrero. Marchado Don Gervasio, oculta la Niña Niela en sus pagos, la toma, la goza y luego la abandona. Primer malamor.

Tiempo después, al colmado me llegó maltrecha, sin fortuna, con las ropas ajadas y viejas, el pelo hecho greñas, los ojos perdidos; rota mi Niña Neila. Yo no pude, mi

hijita, sino socorrerla, tomarla a mi amparo y cuidar de ella. Fueron muchos años de malos amores, pues tuvo galanes de varios pelajes, algunos decentes aunque flojos y caprichosos, otros desalmados. Y tuve que ver a mi Niña Neila con el labio rasgado y su piel de perla llena de morados. Se perdieron sus ojos castaños en desvaríos, locuras y llantos; reía con mansa locura cuando debía llorar, lloraba cuando debía reír. Los días se le hicieron meses y los meses se le hicieron años desamorados.

Luego, al fin, se casó mayor con un santo varón camagüeyano, que le fue fiel y la cuidó, pero al parir su segundo hijo la fiebre la devoró; y yo, que nunca parí, perdí a mi Niña Neila un mes de Abril cuando apenas tenía treinta años.

Enmudece la Galana, mientras se encaminan a las oficinas bancarias donde la Niña cobrará su deuda, lo que le robaron; lo que le pertenece por derecho de conciencia. Es un buen puñado de millones que les deja llena el alma, pues la niña, con su pelo de destellos rojos va por el tercer matrimonio. Quién sabe si hallará finalmente un santo varón que la comprenda, la ame y ahuyente el fantasma de la malquerencia. La Heredad y la gran casona de los porches verdes quizás continúen enhiestas, incorruptibles, al este de la Habana hacia Matanzas. Tal vez Niña Neila vaya a buscarla al fin, la contemple y a través de sus pupilas se la traiga a La Galana.

Mercedes Rodríguez García-Olías

Como nosotros

Aquí estará siempre el huerto en fruto,
como nosotros,
me dijiste.
¿Fruto? ¿qué fruto?
¿Huerto? ¿qué huerto?
Tu brazo ha levantado el aire,
la mesa ha quedado vertida.
Todo en el suelo.
Las manzanas se hunden,
podría hurgarlas.

Aquí está siempre el huerto en fruto.

No.
Hiela sobre las leñosas.

Annabel Martínez Zamora

P e
u v
t o
a / L

Me cansaré de buscar
entre las personas
con tu mismo nombre

mientras tanto
te dedicas una canción
de amores imperfectos

lo sé perfectamente
no somos niños que juegan
a decir verdades como si fueran mentiras

no hace falta mirarnos
insistentemente a los ojos
en busca de preguntas sin respuesta

¡qué bella esta lujuria compartida
sin necesidad de contratos
de pólizas de garantía!

es el dulce intercambio
de tu cuerpo por el mío
llegando al cielo y de regreso al suelo

me recuesto en dulces llamaradas
fiebre intensa que me abraza
la pasión por lo imposible de que te quedes

no digas nada si caigo dormido a tu lado
aunque salgas corriendo
a buscarte otros brazos.

Jonás Ángel

UN EXIMIO ARTISTA BENALUENSE EN NUESTRA PORTADA

Remigio Soler López nació en Alicante, en 1932, donde sufrió las penalidades de la guerra y la posguerra, y cuando aún no levantaba dos pies del suelo se trasladó a Barcelona en busca de aires más propicios, aunque tampoco en la Ciudad Condal soplaban vientos de abundancia y llevado por sus carencias alimenticias mordió a una paloma que revoloteaba sin la necesaria precaución al lado de un artista en ciernes, pero rabiosamente hambriento.

A los dieciocho años regresó a la terreta y aunque había nacido en el barrio antiguo se ubicó en el de Benalúa, en una de sus más conocidas calles, la denominada Arquitecto Guardiola, desde la que se trasladó, de modo definitivo, a la calle Alberola, en la que reside actualmente en compañía de su esposa, María Teresa Martínez, con tan intenso arraigo, que, desde el primer momento de su estancia, se ha considerado un benaluense más. Consciente

de que era poseedor de unas capacidades que le permitían reflejar en el papel, en la madera o en la piedra, mediante líneas, colores y volúmenes, lo que en su imaginación nacía, para perfeccionar estas aptitudes se matriculó en la escuela de Bellas Artes de Alicante, a la que asistió durante tres cursos y allí conoció a pintores tan importantes como Perezgil, Valdés y Baeza. Su carencia de recursos materiales llegó al punto de presentar sus dibujos en papel del utilizado para envolver el pescado y, a pesar de que se reconocieron unánimemente sus merecimientos, no consiguió la distinción que le hubiera correspondido, si el trabajo se hubiese presentado en un soporte convencional.

Una de las actividades más divulgadas de Remigio Soler López ha sido la de imaginero religioso, oficio que ejerció en el taller de los hermanos Blanco en Alicante, desde donde los torrevejenses Rafael y Fulgencio Blanco López, enviaron sus imágenes a toda la provincia. Las esculturas de Remigio se encuentran en muchos templos de Alicante, unas de las más famosas son las que conforman el paso denominado del Cristo de la Caña, que fue encargado por la cofradía Stabat Mater, las de los Cristos de la Parroquia San José de Calasanz, de la de Virgen del Remedio y la de la Iglesia de las Lomas de Juan XXIII.

También han sido muy celebradas sus obras en madera con diversos motivos, por ejemplo, la denominada *Apocalipsis*, una talla barroca e imaginativa, que, al abrir sus puertas, deja ver una representación de los males que aquejan a nuestra sociedad, y fue distinguida en el Salón de Otoño de 1984.

Entre sus dibujos más reproducidos se encuentran los que retratan la antigua configuración de la plaza de Benalúa y los alusivos a la Santa Faz (título de una de sus exposiciones) que tuvo lugar en Alicante, en marzo y abril de 1984, bajo el patrocinio de la Caja de Ahorros Provincial. También dedicó una especial y continuada atención a los tipos populares de su ciudad los que, además de inspirar numerosos retratos, se reflejaron en un volumen titulado *Cuentos Alicantinos de las Hogueras de San Juan*.

Así mismo Remigio Soler ha diseñado, dibujado y tallado un conjunto de obras con el título genérico de *Homenaje a la Medicina*, que fue expuesto en la sala CAM entre el 18 de enero y el 6 de marzo del año 2005, integrado por tallas policromadas en madera, retablos relacionados con personajes históricos conocidos por su dedicación a la salud y la curación, acuarelas referidas a las plantas medicinales y dibujos alusivos a plantas curativas.

Como no podía ser de otra manera, en el caso de un artista plástico cuyo trabajo se realizase en Alicante en los años sesenta, Remigio fue un consumado constructor de hogueras, y la primera que plantó bajo su exclusiva responsabilidad fue la de Benalúa en 1960, que dio lugar a una reseña periodística aparecida en el periódico *Información*, en la que se le reconocía como artista especializado en imaginería religiosa, aunque lo cierto es que ha ganado numerosos premios en la popular actividad fogueril, como el primero con la hoguera titulada *El progreso es todo eso*, plantada en su entrañable Benalúa en 1966, y también consiguió otras distinciones, como la obtenida por la del Mercado Central, con la denominada *Mitologías*, en 1973, y por la de Benalúa, en 1983, titulada *Contaminación.*

Esta continuada dedicación ha dado lugar a que la hoguera de su barrio haya editado un número homenaje de su llibret, dedicado al artista, aparecido el pasado 11 de junio de 2008.

Por nuestra parte, atraídos por su obra y su personalidad, en nuestro intento de incluir en las portadas de los sucesivos números de nuestra revista reproducciones de cuadros de los más importantes pintores alicantinos, en la de la actual incluimos la de una composición de la exposición *Homenaje a la Medicina*, a la que ya hemos aludido, en el que la leyenda, al aparecer necesariamente reducida, tiene dificultades de lectura y es la siguiente: "ACHICORIA. Cichorium cintybus. En su época de esplendor en Grecia le decían Kikorium, pasando luego a denominarse como planta medicinal Chicorium o Cichorium.

En la antigüedad fue muy valorada como planta medicinal para la obtención de bebedizos mágicos y, según datos de Dioscórides y de Plinio, se cultivaba en Egipto, como hortaliza tonificante del estómago.

Antiguamente se creía que la achicoria daba mucha suerte en el amor, por lo que se consideraba como hierba para enamorados, amores fuertes, molestias estomacales, hepáticas, erupciones cutáneas, sensación de opresión y estreñimiento." Así mismo, en el dibujo, aparece su firma "Remigio Soler".

Fue en una inolvidable visita a su estudio, en el que ha instalado un completísimo museo de su obra, cuando solicitamos su cesión, y Remigio, todo amabilidad y generosidad, nos autorizó a incluirla en este número y nos mostró las portentosas obras que allí, en aparente desorden, guarda.

Es ahora, cuando el artista se encuentra lleno de vitalidad, cuando nuestras máximas autoridades debían proyectar y realizar el homenaje que su dedicación al arte está reclamando. Desde estas líneas hacemos un llamamiento, que quisiéramos no cayera en saco roto, para que Benalúa y Alicante honren como se merece al que tanto ha honrado a las artes, a su entrañable barrio de Benalúa y a la que siempre ha sido y es su única patria, a Alicante.

Manuel Parra Pozuelo

La Reina de las Nieves

Cuando florecí
fue en medio de tu nieve.
Yo coloreaba el mundo
con palabras azules
pensamientos de sándalo
y esperanzas de nube.
Cuando florecí, digo
(si es que florecí en algún momento)
me nevaste la boca
con apariencia de hada vulnerable
de copo delicado, precisando
un tierno hogar donde posarse.
Y yo te abrí la puerta
de mis pobres labios.
Y digo pobres
porque solo tenían rescoldos
de caricias ganadas
a pecho partido con la vida
algunas sillas, las justas
y una mesa donde comían todos
donde toda la luz era posible.
Y el calor
era la única premisa necesaria.
Con la belleza de tu manto blanco
lo cubriste todo,
tus lágrimas caían dulcemente
tan blancas
tan inocentemente propagadas
tan rabiosamente transparentes
que me aparté cediéndote mi reino
salvando tus estrellas
a costa de mis alas.
Mas todo
fue un infame sortilegio
un cruel hechizo.
Ansiabas mi humilde primavera.
Quise tomar entonces
tus manos de cristal
y no eran nada,
sólo hielo mordiéndome los ojos
sin que nadie advirtiera
tu mirada voraz de estalactita.
Entonces supe tu nombre.
Eras la Reina de las Nieves
y yo, una estación de flores
bajo tus pies pisada.

Julia Díaz Climent

DAMA CIBERNÉTICA

¿Eres real? ¿Eres inventada?

¿Eres como te muestras o como alguien te ha creado al otro lado de la pantalla?

Apareciste un día en mi ordenador.

Decías venir de oscuros bosques, de hondas florestas, de tierras húmedas y misteriosas.

Decías ser un hada, una meiga, un ángel de carne que se asoma a las ondas.

Viniste a mí como una aparición maravillosa, con tu larga cabellera rubia, con tus ojos azules como el mar o el cielo.

Tu cuerpo perfecto, tus manos graciosas, tu melodiosa voz, tus sensatas y dulces razones me cautivaron.

Sentí que te amaba, que te deseaba, que quería cruzar, como hiciera Alicia, al otro lado del espejo, al otro lado de la pantalla.

Pero eso es imposible.

Sólo te puedo enviar mi imagen a través de los espacios; pero mi imagen, cuando llega a ti, es sólo un reflejo de mí mismo y no puede materializarse, no puede hacerte mía.

Te quise ver en la vida real, viajar al otro lado de la pantalla por el atajo del mundo físico, por los caminos de asfalto y hierro.

Te lo propuse.

Te lo pedí.

Y desde entonces no he recibido tu respuesta.

Ya no apareces en mi pantalla, con tus ojos azules como el mar o el cielo, con tu cuerpo perfecto, tus manos graciosas, tu melodiosa voz, tus sensatas y dulces razones, que me habían cautivado.

¿Dónde estás? ¿Eres real? ¿Alguien te ha inventado?

Quizá sólo existes en un ordenador, quizá solo eres la fantasía de un ser feo y malvado.

Quizá alguien idealizó su propia vulgaridad y te creó en un mundo imaginario.

Quizá no estás en ningún sitio y yo anhelo el fantasma de quien no se te parece en absoluto, de quien no eres tú, de quien no te merece.

Quizá… quizá, para ser tuyo, yo también debería crearme como un ser idealizado.

¿Cómo sabes, querida mía, que no lo estoy haciendo ahora?

¿Cómo sabes que soy real?

¿Cómo puedes saber que este galán joven y apuesto que te pretende no es también una fantasía de un ser malintencionado y repugnante?

¿Cómo podrías saberlo, dama cibernética?

Miguel Ángel Pérez Oca

Descubriendo la trama

Tu castigo llevabas
en los ojos escrito.
Las metálicas ubres
sólo parían catástrofes,
violentas convulsiones
llegando de muy lejos.
Estaba todo oculto,
pero aquella mirada
ansiaba descubrir
los motivos del llanto,
el porqué de la pena
que el sol cada mañana
imprimía en los cristales.
Mejor hubiera sido
no saber nunca nada,
soñar con lo que a tientas
iba mostrando un mundo
donde todo ocupaba
el lugar esperado,
aunque no fue posible
ignorar la desdicha:
estaba allí acusando
la derramada sangre,
la oculta sangre
que clamaba insomne.
El cuchillo que gime
no lo ha olvidado nunca.
Aún ahora, en la tarde,
casi en la sombra hiriente,
vuelvo y vuelvo al instante
en el que las palabras
desvelaron la trama
que me envolvió por siempre.

Manuel Parra Pozuelo

RELATO DE UN SUEÑO

1 de mayo de 1949

Fotografía de Santiago Moreno y dibujo de Vicente Bautista

Andaba yo por las calles de una gran ciudad hospitalaria; era muy bella y estaba engalanada como en solemnidad festiva. Saturaba el espacio una atmósfera de cordialidad y extensa alegría. Yo andaba solo y manchaba con mi tristeza el humano gozo de los balcones, la risa de las aceras y el aire musical de las guirnaldas. Niños y hombres, mujeres y niñas, aves y cosas, todo parecía reflejar una lograda comunión de amor como si al trono de aquel país dichoso hubiese subido ya el Buen Monarca que todos esperamos. Sentí evaporarse de pronto mi tristeza e inundarme de la delicia que emanaba como un efluvio de una hermosa mujer de blanca y primorosa túnica , un hada que me hablaba y guiaba. Con mi adorable escolta renací de mis recuerdos a una sorpresa sin pasado; era toda su voz como una casta caricia insondable que fructificaba por las insospechadas dimensiones conscientes que se abrían en mí como una primavera. Caminábamos por calles aéreas, entre un aire tibio y sonoro que enjoyaba las alturas y esclarecía el mar sin confines, dilatado como un presentimiento dulce y rutilante. Esbeltas agujas, miradores en flor… Me consideraba derramado en los seres y en el espacio, impersonal y pleno, tal como si fuese el lecho florecido y móvil que acunara el cuerpo amoroso y cordial de todo lo que vive.

Se deshizo el embrujo. Vi en un lugar caras conocidas, compañeros de oficina, amigos distantes, y me inundó otra vez mi pasada naturaleza. Perdí la milagrosa protección de mi acompañante; dejé de verla y recomencé a reconocerme. Tuve la sensación de que mis arterias saludaban de nuevo al viejo y cansado rumor de mi sangre. Con etiqueta normal y de esta vida de formulismos, fui invitado a comer y se

me hizo entrar en un comedor suntuoso. Hubo manjares exquisitos, dulces, que me gustan mucho; y yo comía sin hallar el sabor de las cosas, pues algo como un desconsuelo con sed de soledad y ausencia resecaba mi paladar. Mi voluntad huía del presente para buscar algo indefinido, quizás una emoción entrañable que se me perdió, no sabía cierto…Anhelaba…, anhelaba y presentía el milagro. Y se realizó. Pude por fin huir y fui ascendiendo. No recuerdo si subí por escaleras ni sé por qué aposentos, pero me vi asomado a un balcón que dominaba una plaza silenciosa y solemne, amplia y a un tiempo acogedora y familiar. Tenía la luz tamizada de esos claustros cuyos muros escalan las enredaderas. Se alzaba por sus cuatro lados la invasión vegetal, que cubría el cielo con un toldo de verdor aromático y apretadamente bordado con diminutas florecillas blancas. No hubo conmoción, mas supe que se había estremecido el ala de la brisa. "¡Llueve!", me dije. "No, no llueve…¡Nieva!. No nevaba; caían millones y millones de pétalos en derrame de purezas místicas. Tales pétalos no llegaban a alfombrar las limpias y oscuras losas del centro de la plaza; antes de posarse en ellas se condensaban los copos y se transformaban en grandes campánulas que giraban sin cesar, verticalmente, como raudos besos sobre el pavimento. Iban creciendo con su ritmo circular y fragante… Crecían más y más y surgían en ellas rostros y brazos y piernas. Eran bailarinas de un ballet silencioso en donde la música era solamente visibilidad intensa y sin eco; danza magnificente movilizada en nácares y gasas armoniosas sobre el extasiado corazón del silencio.

Yo era todo en aquellos instantes tentáculo aprehensor, captación inaudita. Por eso los recuerdo y pienso ahora si todas las miradas que fueron se encenderían para asomarse a aquella maravilla a través de mi sueño. Tuve durante el baile una plenitud de saciedades y me sentí rozado del tacto de lo eterno, si bien pasó fugaz como los sueños. Y fue de esta manera: los montones de florecillas circundantes fuéronse aglomerando hasta formar una carroza; a ella subían las bailarinas, y eran entonces niñas, niñas desnudas o angelitos inmaculados de iluminada carne floral. El mismo sueño no podría mostrar otra vez criaturas más adorables. Había una, tendida en el fondo de la carroza, como una nota acorde de perfecciones sumas, y recorrí con admiración dilatada a lo imposible el pliegue aquel que surcaba su espalda. Recordé nombres de pintores y después a Néstor, el pintor canario de la alegoría del Día. A este último cuando los pliegues se multiplicaban y encubrían las formas. Entonces fue cuando le nacieron alas a la carroza y voló a lo desconocido. Horadó la alta enramada, ya exhausta de flores, y era una nube clara y remota cuando me abandonó el sueño y me encontré despierto.

No creo que pueda deducirse moraleja, pues esta narración es la de un sueño. Y me fue dado en cruce de meses floridos, mientras partía Abril y se acercaba Mayo, precisamente anoche.

Santiago Moreno

Rumi-arte en el humo

A Rumí el sufí.

Rumiar horas

con el café y el cigarrito encendido
pequeño infierno de insalubridad.
Ah!, defecar nuevos detritos
cinchar caballos locos, hacer el pino
en la nave central de la catedral espléndida
el caletre al viento…
Y que se rían… podridos de alegría
los rotundamente cuerdos
y que se callen… los sabios.

Rumiar sueños

despojos verdes, compost de podredumbre
légamo de probables futuros
reptando por los muros
de la ociosa-inconsciente oscuridad.
Contemplando los jodidos sueños ancestrales
películas de terror serie B, obtusas y sangrientas
con impúdica delectación de asesino justiciero
enciendo el cigarrillo, comulgo con el humo
y me disuelvo en carcajadas sulfurosas.

Rumiar oraciones

un puntito santa y buena
sin abjurar del cigarrillo compañero
ni del humo azufrado del infierno
donde Tú, Rumí, muestras sin pudor
la delicada blancura de las nalgas
en ese mismo umbral de esperanza
donde Radamantos, varita en mano
sabedor de pasiones, mentor de compasiones
despliega sus alas grises y me sonríe.

Mercedes Rodríguez García-Olías

La decisión de Saoro
(O los Leones dormidos)

El autobús principió un suave ascenso entre la estrecha carretera que se dirigía de forma sinuosa y zigzagueante hacía la Basílica de Covadonga. El paisaje era peinado por una bruma que, paso a paso, se elevaba dejando contemplar unas montañas imponentes repletas de bosques.

Al lado de la ventanilla, desde el interior del vehículo, mirando hacia abajo, los barrancos mostraban por donde transitaban los abundantes y vigorosos ríos en un festival de naturaleza en todo su esplendor.

La monótona voz de la guía relatando a través del micrófono las históricas vicisitudes de aquellos lugares, no hacía más que concentrar a Saoro en lo que contemplaban sus ancianos ojos, sin prestar atención a esas palabras que para él ya no significaban nada. Las escuchó en la escuela en sus años de niño. Y por tanto, ya sabía algo de aquellas viejas historias.

Pero él venía de tierras de secano y nunca había viajado al norte repleto de colorido, siempre que el sol pudiera abrirse paso entre tanta nube. Cuajado de cristalinas aguas y prados inmensos y fértiles. De gentes hospitalarias y amables, como pudo comprobar en Oviedo, en Cangas de Onís, o en todas las aldeas donde pararon.

Le gustó tanto aquello, que realmente se felicitó por haber aceptado que su nieto Arturo le inscribiera en uno de esos conocidos viajes de jubilados, aunque Saoro recelara en principio, más que nada, porque no era muy partidario de las aglomeraciones. Pero tanto le motivó su pariente, que ya la curiosidad le ganó a la comodidad de la rutinaria, tediosa y aburrida ciudad.

Subiendo la última empinada rampa de la explanada que daba acceso a la basílica, el anciano esperó su turno estoicamente cansado del trayecto. Y lo primero que vio al bajar fue unas escaleras centrales que daban paso a una especie de balsa inmensa de agua de donde surgía una fuente.

Aquellas primeras escaleras estaban custodiadas por las esculturas inmensas de dos leones de mármol en actitud de estar dormidos. Entonces se sentó junto a uno de ellos y, mirando al otro, no supo por qué la memoria trajo a su recuerdo el libro que le diera su abuelo y que contemplara por última vez junto al faro de Santa Pola en su tierra natal.

Entonces no creía llegado el momento todavía de darlo a conocer, pero ahora sí. Aquel león le decía desde su letargo que debía despertar de una vez.

Hubo un tiempo en que iniciara unas ciertas averiguaciones, comprobando que eran veraces las afirmaciones que contenía.

Incluso cuando él mismo asistió, en cierta ocasión, a una asamblea de herederos en un cine del Barrio de Carolinas de Alicante, que inicialmente prometía mucho, pero

acabó disolviéndose como el azúcar en el agua, entre misteriosas desapariciones de documentos y personas, inexplicablemente.

Lo que ocurrió inmediatamente después fue la enfermedad y la muerte de su mujer. Así que desistió de cualquier otro intento por su parte.

Ahora, con sus muchos años a cuestas, se veía muy viejo para iniciar unas indagaciones que no podría finalizar con éxito, por mucho empeño que le pusiera. Sólo podía pedir ayuda a sus familiares.

Pero sus hijas, a pesar de conocer algo de la leyenda de la familia, siempre la menospreciaron. Y en cuanto a sus yernos la veían tan inverosímil y fantasiosa que nunca quisieron hacerle ni el más mínimo caso.

Claro que si hubiesen sabido todo cuanto Saoro sabía, se hubieran peleado entre ellos por luchar por esta fantástica y multimillonaria herencia que abarcaba desde tierras, palacios y depósitos, a tesoros de incalculable valor que estaban custodiados por instituciones, albaceas y gentes ajenas a los descendientes de un pariente fallecido en tierras de Cuba en 1804 y del que casi nada sabían, como tampoco de sus últimas voluntades. Condición indispensable ésta, para cobrar semejante legado ellos, y cualquiera que pudiera demostrar su sucesión consanguínea.

¿En quién podría confiar entonces para que pudiera solventar tan importante entuerto?- se preguntaba allí sentado.

Entonces, la femenina voz de la guía le advirtió que debían seguir la visita en grupo hacia la alta explanada de la basílica y Saoro un poco molesto por la interrupción los siguió.

Una vez en el lugar contempló por un momento la escultura del Rey Don Pelayo erguida y orgullosa con la cruz en lo alto. Su rostro se le antojo parecido a su nieto Arturo, pero un poco más envejecido.

Haciendo un poco de repaso sobre la vida de su familiar, se dio cuenta de que: por un lado, éste, era profesor de historia en un instituto de Alicante. Y por otro, siempre fue un chico responsable, estudioso y trabajador, que quizás aportaría la luz necesaria para aclarar el misterioso legado.

¡Sí!- se dijo-¿Cómo no me di cuenta antes? Él sería el candidato ideal para que, al menos, leyera el libro y me diera su parecer.

Saoro tomo su primera decisión: Le daría a Arturo el libro.

Después de estar allí un rato, Saoro escuchó una vez más la voz de la simpática señorita que fue reuniendo a los excursionistas para dirigirse a la cueva donde estaba la “Santina”.

En esta ocasión, Saoro se encontró más animado y al final de la gruta, justo antes de la imagen de la Virgen, en un recoveco excavado en la roca se encontraba la tumba que, según decía la inscripción, era la última morada de aquel mítico Rey que venciera a los moros en Covadonga.

Luego, mientras descendía pausadamente por la empinada escalera ayudado por su bastón reflexionó: Había leído en el libro algo acerca de las extrañas muertes, o quizás asesinatos, que a lo largo de la historia de la herencia sus usurpadores, presuntamente, pudieron ser, si no responsables directos, si instigadores de los hechos. Por no hablar de todas las triquiñuelas legales e ilegales que pudieran emplear.

Paseando por el parque cercano al autobús Saoro también se percató de que, asumiendo Arturo la misión, debía contar con más ayuda. Giró sobre sí mismo sin querer. Y entonces, justo en su punto de visión, volvió a contemplar en la lejanía los dos leones dormidos.

En ese instante, una pareja de jóvenes enamorados se cruzó con el anciano y éste recordó un nombre, el de su otra nieta, la prima de Arturo: Aitana.

De casi la misma edad que su nieto, de veintiocho años, divorciada, sin hijos y siendo una importante abogada que ya despuntaba en la carrera judicial por sus

muchos éxitos, sería la otra candidata a valorar el libro. Mas lo malo es que estaría muy ocupada en sus asuntos. Siempre se llevó muy bien con su primo hermano, y si éste iniciaba una batalla de tal magnitud, estaba seguro de que ella le apoyaría.

Al marchar Saoro en el autobús, volvió a contemplar por última vez las figuras imponentes de los dos fieros animales dormidos que había decidido despertar.

Pero al hacerlo, poco podía sospechar que despertaría a otras fieras, con mucho más poder e influencia, cuyas consecuencias jamás soñó siquiera encontrar.

Con ello traspasarían fronteras, conocerían parientes lejanos, incluso se adentrarían en los viejos archivos donde duermen los legajos casi polvorientos que desvelan lo que siempre se les quiso, intencionadamente, hacer olvidar.

Pero la verdad de la historia despertaría rabiosa, inquieta y casi vengativa por quererla enterrar en vida, al pasar de los siglos, como aquellos seres pétreos que se fueron perdiendo en la observación del anciano Saoro, por la lejanía de estos míticos rincones asturianos, sin saber que, años después, aquel lugar sería el final de esta singular historia.

En ese instante fue su alfa, pero también sería su omega. Aunque él, por desgracia, no alcanzara a verlo.

Luis S. Taza Hernández

Temor a las islas

Cómo sentir los vientos, los abrigos,
cuando junto a la lluvia se desploman
vendavales de estrépito que incitan
a ser incertidumbre, piel o isla.

Cómo evitar que un pánico de gota
llegada entre tormentas no devore
el manantial vertido desde el vientre
que acometido y cruel, sutil ataca.

Como un mangual moderno y estrellado
sobre el centro de voz en que consistes,
la gota llega, impacta y queda angosto
el nudo que te ahoga la garganta.

Enfero Carulo

Alas de poeta

Cuando quiero escribir algún poema
sobre aquello que me rompe desde antaño,
procuro controlar muy bien la rima
y así la pena se me va contando.
Me concentro en la verde sinalefa
que sugiere con álgida ternura
una selva de sueños diluidos
en un madrigal de espuma.
Hace tiempo que no puedo versarle
por temor a que la lágrima me aceche
y me convierta en duda
y me transforme en miedo.
Una verdad rotunda me conmueve,
me pronuncia, me mide, me recita,
me adentra en la cadencia de una estrofa
que ya no tiene un ritmo acompasado
porque el amor la ha transmutado en beso.
Porque la libertad de alas magenta
ha comenzado su rimado vuelo.

María José Arques Cano

Buenos días

Aún después de todo lo que he recreado en sueños
las mañanas siguen haciendo su aparición triunfal,
amanezco; a veces menos empolvado, menos borroso,
con más ganas de seguir andante,
de no parar, de seguir siendo ese pretexto del diario.

Aún cuando amanecen ésas las caras largas,
ésas las gotas de ilusiones destruyéndose en mi ventana,
ésos los deseos colgados en el closet
junto a los instintos de mis demencias,
el aire sigue comiéndome los pulmones,
porque el aire necesita de mis pulmones;
como las manchas sobre papel
necesitan de mis delirios para perder su sentido.

Aún cuando todo parece estar desbaratándose:
los sueños en mi agenda,
los sobresaltos de buenas emociones, las lágrimas de risa,
aún cuando todo indica que una mañana va acabar con el mundo
y terminará por quemar todas las buenas intenciones.

Aún cuando un día llegue a ser sólo un color
perdido en el fuego de tus mañanas,
repíteme en silencio, piénsame sin desprecio,
porque aún en esas mañanas sabré que marcarás mi historia
tomándote un recuerdo con la nota que deje en tu pecho.

Rafael Gómez Muñoz

ESCRITORES

Lo que tiene que hacer ella, ahora que ve las cosas con claridad... es tomar las riendas, aferrarlas con coraje y seguir adelante, ¡qué difícil tarea!

Siempre parapetada a la sombra de Daniel, fue su compañera, secretaria, enfermera y doncella, amante, prestidigitadora en tiempos de penurias, tan frecuentes...

Una alacena demasiado grande, no porque lo fuera en capacidad, sino porque la mayoría de las veces estaba vacía. Vivir de la literatura es igual a precariedad. Una casa donde todos los amigos hallaban cobijo y enfrascados en tertulias interminables dejaban transcurrir su tiempo. Tenían cosas importantes que decirle al mundo, mas éste, inmerso en ocupaciones que le proporcionaban una mejor calidad de vida, pasaba indiferente de la literatura y los literatos.

"Muertos de hambre, eso es lo que son, pero no les da por trabajar, no... además, se creen superiores al resto de los mortales". Este comentario se escuchaba con demasiada frecuencia.

Hambre como tal, quizás no pasaron, pero muchas carencias, sí. Bastaba con mirarlos: cabellos largos, barba de varios días, ropas desgastadas por tantas estaciones sin renovar, zapatones, los mismos en todo tiempo, cómodos de tanto usarlos, cedidos y adaptados a sus pies. Completaba su indumentaria, una carpeta repleta de folios, fruto del trabajo de sus cabezas bien pensantes, ideas que se intercambiaban discutiendo su contenido. A este colectivo se le dio el nombre de intelectuales.

Daniel envejecía, el amago de infarto cerebral que había sufrido aquel invierno mermó ostensiblemente sus facultades, mas Dora, mujer de carácter, ajena al desaliento, no se dejó vencer. Clasificó y ordenó la extensa obra de Daniel enviándola a las editoriales. Pasado un tiempo, varias le fueron devueltas y otras aceptadas. Era un buen comienzo, los amigos le ayudaron en tan ardua tarea.

Dora descubrió cuántas cosas le unían a la literatura, de no haber sido así, ¿cómo hubiera podido soportar tantas vicisitudes?

Ocasiones no le faltaron a la hora de elegir compañero, mas ella, entre todos, prefirió a Daniel, el hombre junto al que se sentía feliz.

Había llegado el tiempo de perpetuar su obra que, no tardando mucho, se conocería en los cinco continentes. Sería su aportación a la labor de un hombre que había renunciado a todo para dedicarse a lo que mejor sabía hacer: escribir y contar historias.

Mª Dolores Lamata

Lo que vi en los espejos

Enumero las cosas infinitas
que vi en el interior de los espejos,
y que me siguen produciendo asombro
cuando pasan los años:

El día que transcurre, y cuyas horas
no son cronometradas por relojes,
ya que van sucediéndose en un ámbito
de espacio inmóvil y casi inhabitado.

El rostro o los mil rostros que aparecen
sin dilación alguna, permutándose,
cambiando sin cesar, del nacimiento
a la muerte fluyendo sus imágenes.

Los cuerpos que nos son desconocidos
y que tuvieron una identidad,
un alma, una existencia o un origen,
aunque de ellos nadie dijo nada.

Las calles de ciudad por las que anduve,
por las que nunca caminara antes,
y que me resultaran familiares,
y cercanas a mí y a mi memoria.

Y todavía vi más cosas. Vi
los sueños que jamás hemos soñado,
y en un espacio de crueldad se mueven
hecho de insomnio o de desolación.

Las cartas, las poesías nunca escritas,
los acordes que nunca se escucharon,
las noches que jamás fueran vividas,
las mañanas que nunca amanecieron.

Los besos de pasión o de ternura
que no llegaron a ninguna boca.
El dolor, las miserias pequeñísimas,
las palabras amargas, los recuerdos.

Y todavía vi más cosas. Vi
los edificios de las calles viejas,
con puertas clausuradas en su cansancio inmóvil
frente a mis pies, mis pasos, mis andanzas.

Las escaleras de las casas sucias,
con sus peldaños de húmeda vejez,
con su olor de agua fría y estancada,
con el olvido que corroe sus muros.

Y los pasillos, las habitaciones,
los muebles necesarios o eludibles,
y otros espejos donde no se mira
nadie, y el que aparece es un extraño.

Francisco Alonso Ruiz

La fuente de mi pueblo

La fuente de mi pueblo se ha secado
y busco aquella gota libertina
que del caño escapaba de rutina
salpicando la plaza en su reinado.

Y desolada Iglesia, testigo, hado,
de que hubo antes castillo y celestina,
y en los días y en las noches con sordina
repican las campanas del pasado.

Y despierta Cehegín en la muralla
de la cima de cada gota viva
de sangre que labriegos entregaron.

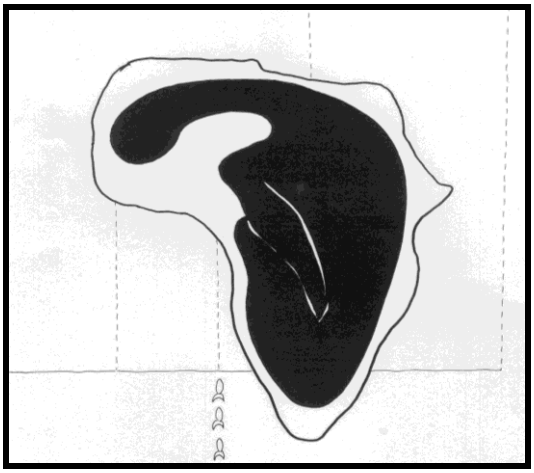
Y heme aquí ante el recuerdo que no calla
de la derrochadora fuente y diva
de inquietudes y vidas que volaron.

Lucía Espín

O

r

a



c i

ó n

África mía que estás en la Tierra
sea tu nombre en mi corazón anclado
cual pájaro venturoso que en mi pecho
reposó extenuado su vuelo.

Santificado sea el suelo negro
que mis pies adolescentes hollaron.
¿Me recuerdas aún, conservas acaso
alguna huella dispersa de mis pasos
algún leve suspiro, un roce, un pálpito?

Venga a mis ojos el cálido llanto
de tu atávico dolor y se conmueva
en mi entraña tu infortunio.
Reposen en mis hombros tus alegrías
y penas, cual mariposas nocturnas
que acuden al reverbero de la llama.

Perdóname la deuda del silencio
el tierno mutismo que me embarga
así como perdono las heridas de la ausencia.
¡Ah negra tierra, cuna de los hombres!
matria de tibio regazo, África Mía y negra.
Sin fronteras de papel, sería yo el oscuro barro
sería tu sueño, tu cosecha, tu palabra
África, matria mía.
AMÉN.

Mercedes Rodríguez García-Olías

TABUNA WONGO LIBBO

-¿Qué me estarán diciendo todos estos doctores que me miran tanto? ¿Por qué tengo esta aguja en mi muñeca derecha? ¿Dónde están mis padres? Tengo miedo. Estoy cansado.¡Vaya, una hermana, qué alegría! Por fin alguien de mi color.

- Hola, ¿cómo te llamas?

- Tabuna, Tabuna Wongo Libbo. ¿Dónde están mis padres?

-¿Y cuántos años tienes?- inquirió la doctora.

-Doce. ¡Ah!

-¿Qué te duele?

-Aquí, el pecho, al respirar.

-Rosa, trae una petición para Rayos. Tabuna, vamos a hacerte una radiografía.

-¿Qué es eso?

-Es una foto por dentro.

-¿Para verme por dentro? ¿Cómo están mis padres?

-Luego los veré y te diré cómo están.

-Espero que estén bien. Aquí vamos a vivir mejor. Podré comer todos los días cosas muy buenas y tendremos una casa como mi tío Pierre que vive en Huelva y coge fresas. Dile a mi mamá que estoy bien.

-Ahora vendrá un celador para llevarte al servicio de Radiodiagnóstico. Todo irá bien. No te preocupes. Rosa, pide a cocina un caldo, pescado, yogurt y fruta para la mil ciento diez.

La doctora Samb, inmigrante senegalesa, ejercía la medicina en el Hospital de la Luz desde hacía diez años, cuando una Organización No Gubernamental la trajo a España con un contrato de trabajo en la mano. Daba gracias a la vida por la buena fortuna que su destino le había otorgado.

Con paso cansino, pues estaba de guardia desde el día anterior, se dirigió a la Unidad de Cuidados Intensivos, donde permanecía ingresado el padre de Tabuna. Preguntó al intensivista de guardia:

-¿Cómo está el paciente de la mil doscientos tres?

- Está muy grave. Tiene un traumatismo craneal con una lesión fibrilar irreversible causada por algún golpe que debió darse con los movimientos de la patera. No creo que lo cuente.

-¿Sabemos algo de su mujer?

-Antes de entrar en coma, Toba nos dijo que murió en la patera y la tiraron por la borda.

-¿Ha muerto durante la travesía? ¿Estamos seguros de que el hombre de la mil doscientos tres es el padre de Tabuna Wongo?

-Nubah, en estos casos ya sabes que no podemos asegurar nada...

- La doctora Samb salió apesadumbrada de la planta de cuidados intensivos. Bajó al túmulo y pidió al auxiliar que le mostrara los cadáveres de los inmigrantes que habían ingresado la noche anterior y que habían fallecido irremediablemente. Sabía que buscaba una aguja en un pajar, pero siempre se había dejado guiar por su instinto

y en esta ocasión sentía un impulso muy fuerte. El dolor se apoderó de su corazón cuando fue observando a sus hermanos senegaleses muertos. De repente, le llamó la atención una mujer que tenía algo escrito en su brazo derecho. Las letras se mostraban muy borrosas y parecía que habían sido trazadas con el pulso muy flojo. Sin embargo, al acercarse más pudo leer con asombro y tristeza: Tabuna Wongo. Un fuerte pálpito la llevó a destapar los brazos de los otros cuerpos, hasta descubrir que uno de los hombres que yacían inertes también llevaba escrito en su piel el nombre de Tabuna. Sin duda, antes de partir la pareja se anotó recíprocamente el nombre de su hijo sobre su epidermis, en previsión de lo que pudiera sucederles. Tabuna entró en el hospital abrazado al paciente de la mil doscientos tres y entre el desconcierto y la falta de un traductor, todos pensaron que eran padre e hijo.

Nubah Samb no se lo pensó dos veces y acudió al box de Tabuna.

El niño la miró con ojos húmedos e inquisidores, como temiendo lo peor.

-Tabuna, tus padres han muerto. Tendrías que volver a Senegal al ponerte bueno, pero no será así. Te voy a adoptar y te quedarás conmigo.

El niño lloró en silencio durante largo tiempo. Nubah lo abrazaba con mucha ternura. La camisola del pijama se levantó en un movimiento involuntario y ella leyó en el vientre del muchacho:

Donelo Wongo
Tana Libbo

Hace mucho tiempo existían en la vida historias de pateras como ésta y no todas terminaban así.

Alicante, 28 de enero de dos mil cincuenta y ocho.

María José Arques Cano

Los bueyes

Los bueyes llevan puestos los frontiles
frontalmente en sus frentes castigadas
cargados de naranjas y alcauciles.

Sus carnes siempre están amenazadas,
destinadas por siempre a las carretas,
a los yugos y a las cuadras mojadas.

En esta tierra mía de cometas,
tablachos, regaderas y bombillos,
auroros, trovadores y poetas,

romper con vuestros dientes los pestillos,
las puertas donde os tienen prisioneros.
en barracones de arcilla y de ladrillos.

Los veo caminar por los senderos,
por caminos que son muy peligrosos
huyendo de los hombres traicioneros.

Los bueyes no son nada rencorosos
y en la briega se dejan los riñones
porque ellos son así de generosos.

No pincharles con esos aguijones
hirientes que empleáis en los cortijos,
pandilla de fascistas bravucones.

No lo haríais si ellos fueran vuestros hijos
en lugar de unos bueyes desgraciados,
hambrientos, mal nutridos y canijos.

Se sienten totalmente despreciados
por estos prepotentes gigantones,
que son por todo el mundo repudiados.

Por la fama que tienen de matones
y ordenar fusilamientos masivos
en campos de amapolas y algodones.

Se aproxima el final de estar cautivos,
al servicio de estos dioses tarados,
dueños de mi país y sus cultivos.

Cada día los veo más delgados
de tanto trabajar en las praderas
con esos pesadísimos arados.

Los bueyes no levantan la cabeza,
su mirada la llevan por el suelo
intentado mitigar su tristeza.

Por eso pido a Dios que está en el cielo,
más cariño para estos bueyes pobres
que mueren en las cuadras sin consuelo.

Trinitario Rodríguez

z
e *a*
R *s*

Rezas, horadas los instantes
repites la vieja contraseña
una vez más, las mismas oraciones
y observas consumiendo la luna de mis ojos
el teclado maldito que aborreces,
que me arranca del sueño cotidiano.

Sé cómo deseas saberme dormida en la cocina
o en la doma caliente de la plancha
con la sombra adherida a las sartenes
al fanático culto de la casa.

Rezas, horadas los instantes
observas consumiendo la luna de mis ojos
mientras la última vocal se rebela ante tu acoso
y mis manos se hacen más pequeñas
sintiéndose culpables de tu enojo
y pienso si tal vez sería cierto
que debiera acatar tu soliloquio,
pero entonces un punto se amotina
y detrás me llega el verso en que te alojo.

Rezas, horadas los instantes
observas consumiendo la luna de mis ojos.
Para entonces ya he visto tu miedo
la cálida agonía de tu rostro
y solo puedo verte como niña
pidiendo un cielo a gritos y un reposo.

Está tu encarnadura tan gastada
tan llena de naufragios y cerrojos
tan rica de ternuras compartidas
que no hace falta un rezo más, ni un lloro
tu Cielo está ganado. Lo afirmo y lo rubrico
en medio de tus ojos.

Julia Díaz Climent

Nostalgia rota

El mar juega a ser Atlántico.
Las máquinas guardan las pasarelas del verano.
Las nubes se engarzan en negro sobre el horizonte.
No hay gaviotas.
Es noviembre.

Gocé tus labios,
tus labios de luz y miel.
Fue aquí.
La arena, entonces, era blanca y el mar azul.
Tú me despertaste de mi sueño de niña,
escalaste los latidos de mis arterias
y quedaste silente en mi ser.

Y te amé.
Sentí con tus manos,
vi con tus ojos,
oí con tus oídos.
Por tu vida, viví.

Los días pasaron como pasan las olas,
una y otra vez;
violentas y furiosas,
o serenas y ligeras,
componiendo hilos
que urdieron la trama
hasta formar el libro de mi vida.

¿Quizá fue tu recuerdo oculto entre mis sueños
el que apagó la luz de mi esperanza?
Tal vez no fue más que una ilusión
que se perdió en el tiempo.
No lo sé.

El mar sueña violencias.
Las máquinas despejan la playa que han batido las olas.
Las nubes confunden el horizonte.
Mar y cielo se unen en un caos de sombras.
Llueve.
No hay gaviotas.
Es noviembre.

Airam Lebasi

CARLOS ERNESTO GARCÍA, CON LA MALETA EN EL DESVÁN

CARLOS ERNESTO GARCÍA. FOTOGRAFÍA DE KIM MANRESA

El escritor, poeta y corresponsal en España Carlos Ernesto García nació en Santa Tecla (El Salvador) y reside en el territorio español, concretamente en Rubí (Barcelona) desde 1980. Dentro de su faceta periodística es autor del reportaje *Bajo la sombra de Sandino*, publicado en el Diario Co latino, que recopila una serie de entrevistas realizadas a miembros del Frente Sandinista de Liberación, entre los que destaca Edén Pastora. Es director general de C&Duke, productora cultural que ha dirigido varias exposiciones itinerantes del fotoperiodista Kim Manresa .En el año 2001 viajó a El Salvador como coordinador de un equipo de periodistas de Televisión Española, La Vanguardia y El País, con el fin de informar sobre las noticias relacionadas con los terremotos que por aquellos días azotaron a su tierra natal. De ello surgió el libro colectivo *El Salvador: entre la naturaleza y la mano del hombre* y un documental para Televisión Española. Es autor del libro *El sueño del dragón* donde narra su viaje a lo largo del río Yangsé. Respecto a la poesía, ha escrito los poemarios *Hasta la cólera se pudre, A quemarropa el amor* y *La maleta en el desván*. Sus poemas han sido traducidos al italiano, al inglés, al chino y al portugués. Según sus propias palabras, al citar textualmente al poeta norteamericano Ezra Pound, *la poesía es un pensamiento en su máxima tensión.*

Lo primero que sorprende al leer *La maleta en el desván* es el original e interesante prólogo de Jesús Ferrero, escrito en verso, creando un poema donde condensa de manera magistral la esencia del poemario y que termina así:

El temblor de la escritura
se funde y se confunde aquí con el temblor
de una voz tan plural como única:
diferentes
tonos y diferentes planos
del tiempo y el espacio
conforman aquí una narración coral
de víctimas, de asesinos
y de crímenes que hubiesen sido perfectos

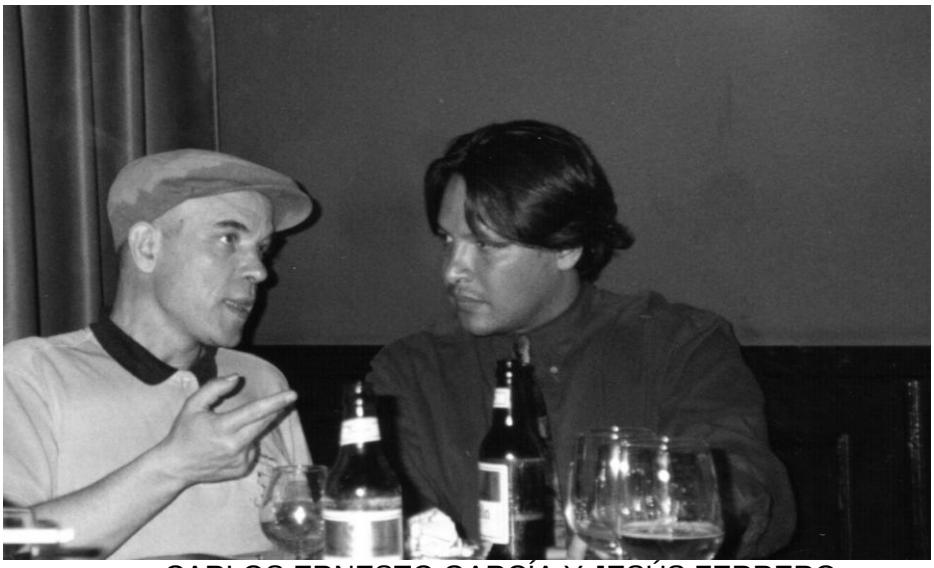
Las experiencias vividas por Carlos Ernesto García, en sus viajes como corresponsal y también en la visita a los países donde ha sido invitado, son el eje que hace girar cada verso en este libro donde parece que la maleta permanece muy poco tiempo en el desván, ya que cada poema es un viaje donde el poeta involucra al lector en lo que cuenta, de manera sutil y conmovedora. El poemario recorre el mundo, mostrando las imágenes que las pupilas del poeta han podido grabar y que han dejado en su mente una sempiterna huella.

La desazón y el dolor que produce la pobreza en algunos países de Latinoamérica se transforman en una profunda tristeza, vista a través de los ojos de Carlos Ernesto en el poema dedicado a Bolivia, cuyo título es *Un helado y esta casa,* y del cual transcribo una estrofa:

Después de dieciocho horas
llegamos a La Paz y está lloviendo.
Paso delante de una niña
que muestra un cartelito
que dice: “Se venden helados
y esta casa”.

Se puede vislumbrar en la poesía de Carlos Ernesto García un matiz aventurero, que le delata como periodista corresponsal y que otorga a sus versos la veracidad y la entrega de alguien que ha conocido realidades extremas.

Entre las víctimas
alguien anuncia que falto yo.
Los verdugos lo saben
y deciden no esperarme.
Comienza el festín
y las cabezas una a una
van cayendo
bajo el filo del machete.



CARLOS ERNESTO GARCÍA Y JESÚS FERRERO

Los poemas de *La maleta en el desván* han sido publicados en las siguientes revistas: *La manzana, Two Line* y *Arquitrave.*

Casi es una obligación para mí terminar este artículo con un poema que me ha sobrecogido de un modo estremecedor.

ATAÚDES BLANCOS

Varios estudiantes apiñados en la calle
forman una especie de montaña nevada
cubiertos como están por sábanas blancas.

En el centro de la plaza
ya sin aliento de vida
la barricada que armaron los muchachos
con viejos pupitres y pedazos de tablas
sacadas de los basureros.

Entre el humo de la pólvora
los dejaron caer violentamente
sin la menor delicadeza
sin cortesía alguna
sin la más leve consideración
hasta formar un amasijo
contra el pavimento.

Los lanzaron
como arrojan los cuerpos
en la fosa común
al final de la batalla.

María José Arques Cano

En blanco

En blanco...
se volvió a parar,
ya no encuentro señales
por las que volar,
un recuerdo olvidado
que me vuelve a acorralar,
¡no vuelvas! no vuelvas más...
Quiero verte... quiero volverte a ver,
para escupir tus mentiras,
para escupir mi infancia
que enhebraste en la espera
de horas y horas
cargada de trastos en el pasillo,
de brazos cruzados,
con esperanza...
y tú... sentado con tu copa,
tabaco negro en los pulmones,
cada vez que me encuentro el olor..
me revuelve el alma...
quiero verte, aunque sea imposible,
quiero que me escuches,
aunque tus oídos se hayan dormido
para siempre...
quiero llorarte,
lo que me quitaste,
quiero gritarte,
lo que no me diste
quiero explotar...
por no haber podido gritarte antes
y que ahora ya es demasiado tarde...

Eva Llopis

Imágenes nocturnas 2

Los muros tienen gritos de la angustia del hombre
Los muros son un viento que se quedó dormido
Los muros sin ventanas son un clamor ahogado
Los muros tienen ojos o bocas de un infierno.

Los muros de la noche con sus sombras y aullidos
Los muros en el día lívido, agonizante
Los muros agolpándose como viejas argollas
Los muros como un largo laberinto o abismo

Los muros de palabras o de sangre. Los muros
de vértebras y huesos y piedras y argamasa
Los muros de la vida y de la ácida muerte
Los muros con un tiempo y un espacio sin Dios.

Los muros agotados de maloliente carne
Los muros y las cárceles y campos de exterminio
Los muros y las uñas y el carcañal del miedo
Los muros con el hombre y sin el hombre o nadie

Los muros infinitos e indudables y eternos
Los muros que respiran interminablemente
Los muros sollozando en la esquina de un alma
Los muros en el borde del filo de un cuchillo

Los muros sin preguntas y sin respuestas. Todo
lamento largo de palabras turbias
paso en la sombra húmeda y ardiente
rumor de pozos llenos de agua oscura

Los muros con demonios y con alados ángeles
de piedra y sueño y pesadilla negra.
Los muros de la tierra y del mar sucio
Los muros siempre abiertos al silencio

Los muros con arañas, clavículas y ruedas
Los muros con extraños organismos y vísceras
Los noctámbulos muros de los resentimientos
Los muros contra otros desamparados muros

Los muros donde Dios se olvidó de ser Dios
Los muros donde el hombre va a continuar llorando.

Francisco Alonso Ruiz

UNA MUJER DE HOY

El país bajo mi piel. Memorias de amor y guerra
Gioconda Belli
Plaza&Janes, S.A.Barcelona, 2001

El país bajo mi piel es un libro subtitulado *Memorias de amor y guerra* que nos relata la vida de una mujer nicaragüense llamada Gioconda Belli. Además de novelista, Gioconda Belli es una reconocida poetisa que ha obtenido premios tan importantes como el de Casa de las Américas de 1978. Su narración se inicia con de un proceso educativo y un matrimonio convencionales hasta que adquiere una nueva dimensión con su introducción en un mundo diferente que define como incluido dentro de las coordenadas de la poesía y la revolución, que la llevarán a militar en las filas sandinistas.

Las apasionantes páginas de la novela nos muestran las peripecias colectivas de las personas que se imbrican en la lucha contra el poder somocista y los acontecimientos íntimos y personales de la narradora, inseparables de ese combate en pos de la libertad y el progreso de su pueblo. Desde la perspectiva intima de la narradora, actúa como un factor decisivo y determinante su conciencia de feminidad, entendida como asunción de su género sin que suponga ningún tipo de perjuicio o limitación, hasta tal punto que llega a afirmar: ”Quizá porque, desde niña consideraba a mi sexo como una ventaja, me concebía libre, soberana de mi misma”. Aún más, Gioconda Belli nos demuestra que este convencimiento de superioridad no es solamente un postulado teórico sino que su actuación vital está determinada de modo concluyente por esta convicción. Hasta tal punto asume esta superioridad y la libertad que conlleva y se deduce de la misma que, a los veinte años, ya casada y madre de una niña, inicia una relación extramatrimonial con un compañero de trabajo que precisamente es el que la ha introducido en el mundo intelectual y bohemio en contacto con la guerrilla, sin que esta transgresión de las normas consuetudinarias le

provoque ningún remordimiento. Su compromiso político se concretará, como hemos indicado, en su integración en el movimiento guerrillero sandinista, con el riesgo y la peligrosidad que estas actividades conllevaban, aunque también con las emocionantes satisfacciones que producían. Gioconda Belli expresó en sus poemas la transformación que se efectuó en su existencia al abandonar un camino que la conduciría a una vida acomodada y burguesa y optar por el riesgo y la aventura de la lucha armada, y nos dijo: ”Yo,/mujer sandinista/ renegada de mi clase/ engendrada entre suaves almohadas/ y aposentos iluminados;/ sorprendida a los veinte años/ por una realidad/ lejana a mis vestidos de tules y lentejuelas/ volcada a la ideología de los sin pan y sin tierra.” Para la autora de esta biografía el objetivo de sus actividades no era otro que el triunfo de la poesía y el amor y la llegada de la bonanza, la tapisca de oro y las mazorcas.

En el texto se relatan tanto los acontecimientos relacionados con su activa participación en la guerrilla, en la que su aspecto de joven burguesa le permitió realizar misiones sin levantar sospechas en las fuerzas encargadas de la represión somocista, como su intervención en el primer gobierno instaurado tras la victoria, en el que ejerció tareas relacionadas con su condición de periodista o publicista, que había sido su primer trabajo. Así mismo conocemos su itinerario afectivo que la conduce desde su primer y convencional matrimonio a tempestuosas y variadas relaciones sentimentales que concluyen con su matrimonio con Carlos, un ciudadano estadounidense, simpatizante del sandinismo, cuya nacionalidad no deja de ser contradictoria con los sentimientos que inspira a Gioconda, es decir, con el antiamericanismo integral propio del sandinismo.

El libro está escrito cuando ya la vida de su autora ha llegado a su definitivo asentamiento, y han pasado su intervención en la política activa y el ajetreo de su vida sentimental, cuando alterna sus estancias en Estados Unidos con periódicos regresos a Nicaragua, aunque, a pesar de su alejamiento de aquellos iniciales entusiasmos revolucionarios, la escritora asume con orgullo su pasado, convencida, tal como afirma en las palabras con las que concluye su relato, de que ”si las victorias pueden ser un espejismo, también pueden serlo las derrotas.”

Manuel Parra Pozuelo

Imposibles retornos

Cuando todo era ya
perdido para siempre
ella llegó de lejos,
algo empezó a nacer
muy dentro y muy oculto.

Después, otra vez turbias,
te inundaron las sombras.

Animal de desdichas,
de desamor y llanto.

Ahora, mira la luz, la espesa
constelación que abraza
tus frígidos instantes,
entra en esa vorágine
que no descansa nunca,
Navega por las aguas
que sin cesar te empujan
hasta el final del tiempo.

Huyeron ya los sueños,
retorna hasta el recuerdo
y espera a que se apague
el súbito relámpago.

Manuel Parra Pozuelo

RECUERDOS DE ALICANTE

Escribiendo sobre la vida y obra de Vicente Mojica para el número que esta revista dedicó al poeta, al comentar los avatares de su niñez y juventud, vinieron a mi mente antiguos recuerdos propios y recuerdos de lo que oí contar sobre aquel Alicante de la largísimo postguerra, tan diferente al actual.

Porque hubo un tiempo en el que, aunque hoy nos parezca increíble, no existían los acantilados de hormigón que ahora impiden contemplar o acceder con facilidad al mar. Hubo una ciudad cuyos edificios aún desconocían el acoso y derribo por la picota del "progreso"; hubo un Alicante sin rascacielos, sin problemas de tráfico ni grandes almacenes, cuyas playas permanecían vírgenes. Hubo un pueblo humilde y orgulloso que encaró con valentía la difícil situación de aquellos años; un pueblo trabajador y festero, celebrador de los ritos según sus posibilidades económicas, riquísimo en su dedicación y amor a las tradiciones. Hubo una ciudad pequeña, afanada en superar a base de laboriosidad e imaginación, cines de sesión continua y de verano, novelas radiofónicas y teatro de Paco Hernández, las carencias de la postguerra, pero tan grande para los vecinos del extrarradio que cuando iban al centro comentaban: "Vamos a Alicante" como si estuviera a años luz de sus hogares.

El centro, un cogollo de antiguas calles cobijadas por el viejo Benacantil, protegidas por San Nicolás y la Virgen del Remedio, comenzaba a acicalarse borrando las huellas de la guerra, facilitando su transito intestinal con nuevas obras de alcantarillado, extirpando de raíz la verruga de la Muntanyeta.

Alicante, sirena varada a la orilla de un mar mitológico, surcado por los navíos de las viejas civilizaciones que en ella se asentaron enamoradas de su cielo y de su sol. Pueblo que esperaba el regreso de los que se vieron forzados a marchar en busca de nuevos horizontes para sus vidas; paseo de las Palmeras aún sin pavimentar, lugar de encuentro y desfile –arriba y abajo- de la juventud; balconada del Raval Roig, refugio de pescadores; balnearios-palafitos en el Postiguet, adonde acudían a tomar los baños los veraneantes llegados de Madrid en el tren botijo; tranvías renqueantes; trenes cargados de víveres para fomento del estraperlo; comedores de caridad y, a las puertas del cuartel de Benalúa, colas de personas con un bote en la mano esperando las sobras del rancho. Alicante, Alicante, "Casa de la Primavera", ascua de luz, brisa marina, aroma de jazmín y salazón; vendedores ambulantes pregonando sus mercancías: horchata, agua de cebada, biznagas y bolitas americanas…

Los barrios, orgullosos de su propia identidad, rivalizaban en bellas mujeres y vecinos famosos: figuras destacadas de las artes, los deportes o los toros. Sus moradores trabajaban todo el año con la ilusión de que su *foguera* fuera la mejor y sus *carrers* los más bellamente adornados.

Todas las barriadas gozaban de las mismas calles polvorientas, y las mujeres, a la mañanita, mientras canturreaban la última copla de Dª Concha Piquer, barrían y rociaban las aceras y puertas de sus casas sin importarles el resultado efímero de sus esfuerzos. No era raro que en los patios o en las galerías se criasen algunas gallinas y conejos que contribuían a aliviar la economía doméstica. Dos carros conocidos recorrían las calles de los barrios casi a diario: el del el "herbero" que suministraba la hierba para los conejos y el del basurero, ambos arrastrados por jacos resignados a la monotonía de sus itinerarios. De vez en cuando, estos animales dejaban en mitad de la calzada recuerdos de su paso, que las mujeres más diligentes recogían para abono de las macetas.

Con más frecuencia de lo deseado se hacía la compra en la tienda "al fiado" y la de la ropa "a rayas", aunque nunca faltaban unas monedas para la ilusión diaria del cupón pro-ciegos. Si la suerte acompañaba, en las celebraciones familiares la comida extraordinaria, las pastas o las toñas se llevaban a cocer al horno.

En las aceras, las abuelas remendaban la ropa o tejían jerseis para sus nietos, al tiempo que tomaban el fresco sentadas en sus hamacas o mecedoras. Las viudas enlutadas se cubrían con grandes mantos; los niños iban al colegio con los “babys” de rayas azules y blancas o jugaban en la calle, mientras los mozalbetes se apedreaban en los barrancos y los jóvenes vigilaban a las muchachas para que ningún extraño al barrio intentara conquistarlas. Después de jornadas demoledoras, algunos trabajadores celebraban la exigua paga sabatina durmiendo por los rincones la melancolía de la borrachera que los alejaba de la realidad.

La penuria reinante avivaba los sentimientos religiosos; en los hogares estaba siempre encendida la “mariposa” ante la imagen de la Virgen o de algún pariente difunto, y en todos se oía la misma súplica: “Santa Faz, misericordia”. La radio retransmitía la hora del Angelus y el rezo del Santo Rosario. Ante la cercanía de la Semana Santa, algunos predicadores, casi siempre venidos de fuera, preparaban a los más fervorosos para los ejercicios espirituales, y las procesiones eran seguidas con respeto y devoción, por las autoridades y el pueblo.

El barrio que más conozco es Benalúa. Hace muchos años que llegué a él. En aquellos días poco o nada había cambiado de la Benalúa que conoció Gabriel Miró: las mismas calles sin asfaltar, la misma placeta con su templete, las mismas casas de planta baja y piso, los mismos pinos somnolientos, el mismo sol cegador y al fondo, detrás de la llamada pomposamente por los vecinos Gran Vía, se divisaba sin obstáculos el marco purísimo y azul del Mediterráneo. Los tranvías mitigaban el aislamiento a que sometía al barrio el paso a nivel, situado en el barranco que hoy es la avenida de Oscar Esplá. Benalúa seguía recogida en su propio ser, orgullosa de su identidad a la vez pueblerina y aristocrática: pocas personas podían enorgullecerse de haber contado entre sus vecinos ilustres a Gabriel Miró y Oscar Esplá. Muchos benalúenses tenían apodos, adjudicados con mucha gracia e ironía. Recuerdo al “Acatarrao”, llamado así por su ronquera, o al “Cariñoso” por la destemplanza de su carácter; al “Gordo” porque lo era, a la “Pintá” por las señales de la viruela que había padecido alguien de su familia. Como Barrio del Cuerno se conocía al cercano de Pérez Cossío, por vivir en él muchos cabreros. Edificios emblemáticos eran -y son-, el Reformatorio de Adultos, hoy sede de los juzgados, la Escuela de Maestría, hoy Consellería de Educación y el Asilo.

Otro barrio próximo a Benalúa y que compartía con él la tiranía de los pasos a nivel, era el de San Blas. San Blas no era uno más en el mapa de la ciudad, tenía características que lo distinguían: estaba guillotinado por las vías del ferrocarril; tenía sus *filas* de Moros y Cristianos y gozaba de la vecindad de un ruinoso cementerio, abastecedor inagotable de historias de muertos vueltos a la vida, voces de ultratumba y fantasmas paseando a la luz de la luna, todo un filón literario para quien quisiera aprovecharlo. También era el barrio de los poetas: en él vivían, además de Vicente Mojica, como hemos dicho anteriormente, Manuel Molina y Rafael Azuar.

A pesar de ser una ciudad pequeña y sin motorizar, las barriadas situadas más allá de la plaza de toros, me parecían lejanísimas; mas por Hogueras las visitábamos todas admirando el trabajo realizado y disfrutando de las ocurrencias y chascarrillos de los cartelitos de cada monumento fogueril.

Cuánto ha cambiado Alicante en todos estos años. Aquella ciudad pequeña y familiar, se ha transformado en una urbe grande y cosmopolita, pero los que la hemos conocido antaño, a pesar de la desaparición de muchas de sus señas de identidad, sabemos que pervive oculta en el corazón de los alicantinos, en la brisa marina que la envuelve, en la alegría de sus playas y en la luz que a todos ilumina. Alicante, Alicante, *la millor terreta del mon.*

María Rosario Mohinelo